

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**WANDA POLTAWSKA Y
JUAN PABLO II,
UNA AMISTAD ESPIRITUAL**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Ravensbrück.
El hambre.
Experimentos médicos.
Problemas sexuales.
Los niños.
Wanda Poltawska.
En la resistencia.
Prisionera.
Mi vida en la cárcel.
En Ravensbrück.
Lesbianas.
Enferma.
Experimentos.
Rebelión.
Dar la vida por otras.
Algunas dificultades.
La liberación.
Después de la guerra.
Madurez espiritual.
El hermano.
Sufrimiento del Papa.
El poder de la cruz.
El cáncer.
 14 de noviembre de 1962.
 16 de noviembre.
 17 de noviembre.
 19 de noviembre.
 20 de noviembre.
 22 de noviembre.
Curación milagrosa.
Amor al padre Pío.
Excursiones.
El Papa de excursión.

CONCLUSIÓN Y FUENTES

INTRODUCCIÓN

En este libro vamos a presentar algunos aspectos importantes de la vida de Wanda Poltawska (Dulsia para los amigos). Presentaremos primero algunos datos generales del campo de concentración de mujeres de Ravensbrück. Después presentaremos lo que ella misma nos dice de su permanencia en este campo de prisioneras durante la segunda guerra mundial. Estuvo cuatro años y medio y todo lo que sufrió en él fue una fuente de experiencias para su futuro como médico y psiquiatra.

Hablaremos de su curación milagrosa de un cáncer y también nos vamos a referir a lo que ella misma nos dice de su gran amistad con el padre Karol Wojtila, el futuro Papa Juan Pablo II, que se consideraba su hermano y en sus cartas firmaba con la palabra hermano, abreviado en polaco.

Sobre su estancia en Ravensbrück ella escribió un libro, reconociendo que le costó mucho poder superar los traumas recibidos. También escribió un Diario sobre su amistad con Karol Wojtila. Especialmente interesante es todo lo que nos cuenta sobre sus muchas excursiones que hizo con él y su esposo. Los tres eran amantes de la naturaleza y hacían largos paseos por las montañas y por los bosques cercanos a Lublin, su ciudad natal.

Después de ser liberada del campo de concentración, estudió medicina y se especializó en psiquiatría. Y, además de cuidar de sus cuatro hijas, se dedicó a ayudar a otras personas como conferenciante y divulgadora de las enseñanzas de la Iglesia y en concreto de las enseñanzas del Papa Juan Pablo II.

Su amor por la naturaleza y su defensa de los derechos humanos le hizo ser conocida, no solo en Polonia, sino en muchos otros países, a través de sus 400 publicaciones en el campo de la psiquiatría, sobre la protección de la vida no nacida, de los enfermos y ancianos y sobre la formación de novios, jóvenes matrimonios y sacerdotes. Recibió muchas condecoraciones y su vida fue una fuente de fe y alegría para muchas personas desorientadas o que estaban en busca de un sentido para sus vidas.

Nota.- *Diario* se refiere al libro de Wanda, *Diario de una amistad*, Ed. S. Pablo, Madrid, 2009.

Paura hace referencia al libro de Wanda, *E ho Paura dei miei Sogni*, Ed. dell'Orsa, 2008.

RAVENSBRÜCK

El campo de concentración Ravensbrück, a 10 kilómetros de Berlín, se encontraba en un lugar bello de bosques. Se abrió en mayo de 1939. El primer año solo tenía 2.000 mujeres, casi todas alemanas opuestas a Hitler, algunas eran prostitutas, lesbianas, criminales, indigentes o gitanas. Después fueron entrando miles de mujeres de las naciones ocupadas por los nazis. Muchas de ellas de la Resistencia francesa o polaca. Solo el 10% eran judías y había también niñas. En los tiempos que más tuvo había 45.000 mujeres, pues era un campo solo para ellas, pero en el campo anejo había 20.000 hombres, que hacían trabajos de construcción.

En los seis años de su existencia hubo unas 130.000 mujeres, de las cuales murieron 90.000 por hambre, enfermedad, agotadas por el trabajo forzoso, golpeadas, con inyecciones letales o comida envenenada o muertas por gas carbónico o por el gas Zyklon B. Entre las asesinadas había unas 8.000 francesas, 1.000 holandesas, 18.000 rusas y 40.000 polacas.

Para garantizar el orden había 55 guardianas, subordinadas a los 40 soldados de las SS., al mando del comandante del campo Max Koegel. Las guardianas tenían perros entrenados y, cuando hacían trabajar fuera del campo a las presas, también llevaban pistolas. Himmler era el jefe supremo de todos los campos de concentración después de Hitler, quien nunca los visitó, pero daba órdenes sobre el modo de proceder en algunos casos, en lo demás Himmler era la máxima autoridad. Además de las guardianas, escogían entre las prisioneras a algunas para ser kapós o ayudas para guardar el orden y tenían libertad para golpear y hasta matar sin consecuencias. Normalmente las escogían entre las más violentas como las que habían sido criminales o gente de mal vivir, pero siempre debían obedecer a los SS.; de otro modo podían ser removidas del cargo y ser castigadas.

La kapó Margot Kaiser, antes de ir a Ravensbrück, no había asesinado a nadie; pero, cuando llegó a este campo, mató a golpes a diez, según afirmó ella misma en el juicio que le hicieron después de la guerra.

Cuando llegaban al campo las presas, las registraban y les quitaban todos los objetos personales. Les hacían quitar la ropa y les hacían examen ginecológico para ver si tenían dentro algunas joyas u objetos valiosos. Después les hacían bañarse, les cortaban el pelo y les daban una sustancia como repelente para evitar los piojos. También les daban su uniforme a rayas o ropa de anteriores presos, en la que debía estar cosido el número que reemplazaría su nombre y el triángulo correspondiente a su categoría: verde para criminales, amarillo para judías, rosado para lesbianas, rojo para opositoras políticas y negro para las

asociales (prostitutas, mendicantes, pequeñas criminales) y lila para las testigos de Jehová. A diferencia del campo de Auschwitz, no les tatuaban el número en el brazo. Pero les ponían, como en otros campos, inyecciones o les daban bromuro con potasio para eliminar la menstruación.

Entre las prisioneras eran muy pocas las que tenían el *ciclo menstrual* y algunas tenían más bien síntomas de menopausia precoz. Frecuentemente eran sometidas a exámenes ginecológicos para verificar si tenían alguna enfermedad venérea, pero los instrumentos usados eran utilizados sin esterilizar y por eso podían contagiarse de las que estaban enfermas.

Les daban a cada una un par de zuecos de madera, una cazuela para la comida y una cuchara. Si los perdían, se quedaban sin comer o robaban a otra o buscaban otro recipiente (lata, etc.) de la basura. Dentro de los bloques donde dormían, tenían que sufrir en muchas ocasiones la superpoblación. Había tantas que no había sitio ni para dormir y debían dormir dos o tres en una cama, lo que daba lugar con frecuencia a epidemia de lesbianismo y a riñas entre ellas, pues había robos, sobre todo por la comida. Las que no obedecían las normas, podían ser llevadas al bunker, donde podían estar una o dos semanas en total oscuridad, con poca comida y, a veces, con agua hasta la cintura, acompañadas de ratas, y sin excluir golpizas de las guardianas, algunas de las cuales eran verdaderas fieras o bestias humanas, que golpeaban o mataban sin compasión.

Un día una presa llamada Katharina Koegel se escapó del campo. Tardaron tres días y tres noches en encontrarla. El comandante del campo, después de golpearla, la dejó en manos de las guardianas, quienes la golpearon hasta matarla.

A Dorotea Binz la llamaban la bella bestia. Ella se creía invencible, iba siempre con su perro y las mujeres le tenían miedo por su crueldad. Era bella, alta y elegante, pero sádica y odiaba a las rusas especialmente. Cuando golpeaba, le brillaban los ojos de rabia. Un día tuvo un momento de bondad. Dice la rusa Ana Stekolnikova: *Mientras regresábamos del trabajo en filas de cinco, alguien me hizo una pregunta. Yo apenas abrí los labios para responder. Ella se dio cuenta y gritó mi número y me obligó a quedarme de pie algunas horas fuera del hospital. Hacía un frío terrible. Las chicas de mi barraca pusieron aparte el alimento para mí.* La Binz se acercó con su perro, que trató de morderme, pero ella lo detuvo y me gritó: *Vete.* Poco tiempo después su perro murió y ella lo sepultó donde había muerto, frente al bloque, y plantó flores sobre su tumba.

En los tiempos en que podían recibir paquetes de la familia por medio de la Cruz roja internacional, estos, que generalmente incluían alimentos, se los quedaban los SS. o solo entregaban una parte. En ocasiones celebraban

comilonas los SS. con las guardianas alemanas, en las que abundaba la comida, el licor y toda clase de lujos, mientras las demás prisioneras se morían de hambre. Por eso las que tenían la suerte de ser camareras o cocineras, aprovechaban su suerte para robar todos los alimentos que podían para ellas y sus compañeras de infortunio.

EL HAMBRE

Era tan escasa la comida que muchas se enfermaban o morían por desnutrición y agotamiento en el trabajo. Algunas por comida entregaban su cuerpo. Sufrían mucho por el hambre. Las que salían fuera del campo trataban de comer hierbas buenas, setas, dientes de león u otras cosas para matar el hambre. Algunos días no había alimentos en la cocina y se quedaban en ayuno. Otros días se distribuían alimentos deshidratados, que daban náusea y producían diarrea. Las verdaderas privilegiadas del campo eran las que recibían paquetes del exterior, aunque fuera poco lo que les entregaban, pero comían algo extra que, en esos momentos, era importante y podía ser la diferencia entre la vida y la muerte. Cuando empezaron a llegar muchas chicas nuevas de otros campos a fines de 1944, las cosas se pusieron peor y uno de los mayores problemas eran las letrinas, que no daban para todas; y la suciedad se acumulaba con los malos olores por todas partes.

Hay un hecho conocido y es que en todos los campos de concentración había muchos robos, empezando por los SS. y también por los presos que debían realizar tareas relativas a los que iban a morir. Ellos, al entrar en las cámaras de gas, dejaban su ropa. Entre las ropas había dinero, joyas y hasta algo de alimentos, y todo eso se lo llevaban y no lo entregaban a las autoridades. Himmler, el jefe supremo después de Hitler, y que organizaba los envíos y la política de los campos, quiso superar la corrupción implantada, pero no pudo conseguirlo.

Linda Breder anota: *Sacábamos alimentos, zapatos, ropa interior, vestidos y todo lo que nosotras necesitábamos y regalábamos esa ropa a otros o la cambiábamos por algún objeto valioso. Todos los SS robaban. Eran tantas las oportunidades de robar y tanta la riqueza que llegaba al campo que era difícil imaginar que con tan poca supervisión hubiera algún miembro de las SS. que se negara a participar en esos robos.*

EXPERIMENTOS MÉDICOS

Himmler habló con el doctor Sonntag de la necesidad de eliminar a las bocas inútiles. Como existía el problema de que muchas mujeres, sobre todo antisociales, tenían gonorrea o sífilis, Himmler ordenó a Sonntag que hiciera experimentos con las prostitutas de Ravensbrück para encontrar una cura, porque los soldados del frente, dijo, tenían necesidad de usar los burdeles, ya que eso los animaría para combatir mejor, pero era preciso que estuvieran protegidos de las enfermedades venéreas.

Sonntag iba siempre con una caña de bambú, parecía ridículo y grotesco. A veces estaba borracho y daba patadas al aire o iba en bicicleta alrededor de la sala de operaciones. Era sádico y gozaba de hacer sufrir. Un día vio una mujer que se llamaba Vera Mahnke que acababa de pasar un pedazo de pan a una amiga judía. Y él comenzó a darle puñetazos a la que le había dado el pan. La golpeó hasta que perdió los sentidos. Él odiaba de modo especial a los judíos.

En los experimentos médicos hacían trasplante de huesos y músculos entre personas distintas y también sobre la regeneración del sistema nervioso. Y esto lo hacían sin anestesia. Normalmente abrían el cuerpo y le amputaban huesos y masa muscular para injertarla en otras personas. Casi todos morían por el dolor de las amputaciones y las infecciones. También hicieron experimentos con sulfamidas para curar heridas. Para experimentos sobre esterilización usaron 35 mujeres gitanas, pero también unas 200 niñas entre ocho y diez años. En otros experimentos inocularon a mujeres semen de chimpancé.

Un día una joven prostituta dijo que no podía trabajar, porque le explotaba la cabeza. Contó que el doctor Sonntag la había llamado a la enfermería y le había puesto un tampón en la vagina, diciéndole que era para control de las enfermedades venéreas. Después le puso una inyección. Resultó que murió. La inyección había sido de bencina y su cuerpo estaba totalmente deformado. Esos eran algunos de los experimentos del sádico médico.

En algunos casos les fracturaban huesos o les quitaban parte de los huesos. A algunas les rompían las piernas con martillos en la sala de operaciones. Después los huesos rotos los trataban de curar con hierros o cosidos y las piernas enyesadas. En algunas operaciones les quitaban la tibia o la clavícula... También hacían operaciones a los músculos que venían sacados de las costillas y después en otras operaciones se los insertaban de nuevo en otras partes ¹.

¹ Sarah Helm, p. 235.

Normalmente, cuando quitaban a alguna una pierna o un brazo, las mataban allí mismo en la sala de operaciones con una inyección y el miembro cortado lo envolvían en una tela y lo llevaban a Hohenlychen para usos posteriores. Muchas de estas mujeres eran engañadas, porque les decían que, si aceptaban someterse a los experimentos, les darían la libertad.

Milena Jesenska a fines de 1942 comenzó a observar que los cadáveres de la enfermería que cada día debían llevarse al crematorio tenían señales de aguja hipodérmica. Las mataban con inyecciones letales. En los primeros días de octubre de 1942, 522 hebreas fueron llevadas a Auschwitz para ser eliminadas allí. En noviembre de 1942 se hicieron experimentos con algunas polacas y después con otras mujeres de otras nacionalidades como ucranianas, checas, alemanas, tanto jóvenes como ancianas.

PROBLEMAS SEXUALES

Entre las mujeres antisociales se disparó el vicio de lesbianismo. Nanda Herbermann declaró que algunas mujeres eran verdaderos monstruos y tenía miedo de ellas. Moralmente parecían del todo irrecuperables y además eran mentirosas y peligrosas. Entre ellas hacían toda clase de actos depravados. Estaban moralmente tan destrozadas que para ellas el sexo era lo único que les quedaba para sentirse vivas. Algunas escogían para llamarse nombres masculinos. Otras ofrecían sexo a cambio de alimentos. Algunas eran jovencitas rechazadas de la sociedad que se sentían solas y buscaban compañía. Alguna estaba tan desesperada que se suicidaba, echándose a las alambradas electrificadas. A algunas tuvieron que ponerles la camisa de fuerza para que no hicieran barbaridades o se suicidaran.

No obstante, se daban casos en que en realidad se hacía poco caso de las normas; pero, si se los denunciaba, podían ambos ser castigados en el bunker. De hecho, se dieron casos de enamoramientos entre prisioneras y alemanes. Muchos de los arrestos de judías durante la guerra era por infectar la sangre alemana, es decir, por haber tenido relaciones con alemanes.

Una día se descubrió que una guardiana alemana había caído teniendo relaciones con algunos prisioneros sobre todo opositores políticos, del campo adjunto al campo grande de Ravensbrück. Ellos la recompensaban con algunas joyas robadas de los objetos personales de algunas prisioneras cuando llegaban al campo. El mismo comandante tenía una amiga, prisionera austríaca, que trabajaba en el depósito de joyas. Ella le ayudaba a llevarlas fuera del campo. El comandante tenía una habitación en uno de los bloques femeninos para sus encuentros con su amiga. Entre las guardianas había también riñas y a veces se

emborrachaban y muchas de las guardianas tenían relaciones con los guardias de las SS.

Hay que anotar que junto al campo grande de mujeres había un campo pequeño de concentración para hombres que trabajaban en la construcción de diferentes partes del complejo, aunque estaban separados por vallas espinosas electrificadas. Sin embargo, no faltaban ocasiones en que podían burlar estos obstáculos o los enviaban al campo de mujeres a hacer algún trabajo y aprovechaban para unirse a las mujeres. En todos los campos Himmler estableció burdeles, normalmente con alemanas que habían practicado la prostitución en las calles de las ciudades. Eran para los guardias SS, ya que estaban prohibidos para los judíos para no hacer impura la raza, según las teorías de la pureza racial.

LOS NIÑOS

El año 1943 en Ravensbrück solo había 64 menores de doce años de hebreas de países protegidos por ser amigos de los alemanes, pero habían llegado niños de gitanas desde Auschwitz y muchos niños desde Varsovia y también niños rusos, yugoslavos, franceses, griegos, húngaros y eslovacos... Estos niños vivían con sus madres o, si no, estaban con madres adoptivas, que los cuidaban como hijos. Algunas prisioneras se divertían con los mayorcitos y les enseñaban cosas de sexo, de modo que los alemanes los trasladaron al campo de hombres. Estaban tan malnutridos que niños que parecían de cuatro años tenía ocho o diez, y muchos no sabían ni su nombre ni la fecha de su nacimiento.

En marzo de 1944 llegaron a Ravensbrück 4.052 nuevas prisioneras. El grupo más numeroso era de polacas. En abril llegó otro convoy de París con 400 prisioneras. También había en el campo unas 400 españolas, republicanas que habían estado en la Resistencia francesa después de la guerra civil española. Pero ese mes de abril en total llegaron 4.000 nuevas evacuadas del campo de Majdanek y había prisioneras de 21 países. Realmente el campo era una babilonia de lenguas y a veces era muy difícil comunicarse. Ni las guardias las entendían ni ellas a las guardianas. Algo que también sucedió fue el aumento significativo del número de niños. Algunos habían llegado con el último convoy de gitanas desde Auschwitz. Otros eran hijos de las hebreas, de países amigos de los alemanes. Durante la semana estaban dentro de los bloques, pero los domingos podían salir al aire libre a jugar.

Por otra parte había gran cantidad de embarazadas, venidas de Polonia. Antes de salir de Varsovia, no había sido posible controlar cuáles estaban o no encinta. Muchas habían sido violadas durante el ataque al gueto de Varsovia por los rusos del general Vlasov, que había desertado del ejército soviético y se había

pasado a los alemanes. Incluso habían violado a niñas en edad escolar y a religiosas. Otras muchas fueron violadas. Al llegar a Ravensbrück, una de cada diez estaba encinta. Como habían llegado 12.000 de Varsovia es fácil suponer que en los siguientes meses nacieron unos 1200 niños. Y por primera vez en el campo, se dio orden de dejar nacer a los niños y se preparó una sala en la enfermería para dar a luz con asistencia de comadronas.

Anteriormente, a las madres encinta se les hacía abortar y los niños recién nacidos eran inmediatamente asesinados. Hacían lo posible para que las prisioneras no se reprodujeran. Por eso, los SS. eran severamente castigados si tenían relaciones con las prisioneras. A algunas mujeres les parecía un milagro que mujeres enfermas y mal nutridas trajeran al mundo niños sanos de tres kilos o más. Y las compañeras les preparaban a las madres camisones y otras ropas para ellas y los niños. Al principio el doctor Treite consintió en dar a las mamás un vaso de leche después del parto y les dio avena mezclada con leche.

Pero esto duró poco. Los niños recién nacidos los dejaban por la noche en una sala solos a puerta cerrada. Hanna Wasilczenko pudo robar una noche la llave de la sala de los niños y vio que estaban desnudos y llenos de insectos. Estaban llorando de hambre y de frío, y cubiertos de llagas. En los 30 primeros días después de su nacimiento, habían muerto 100 niños. En octubre de 1944 se pasó la voz de que la doctora Marschall había escondido gran cantidad de leche en polvo enviado por la Cruz Roja para las prisioneras. Esta noticia provocó indignación.

Una noche murieron diez niños, porque se habían dado la vuelta y se habían sofocado. Treite recibió orden de que no diera leche a las madres y tuvieron que contentarse con la comida normal del campo, que consistía en sopa de col y un pedazo de pan. Esto dio lugar a que en pocos días las madres perdieran la leche y los recién nacidos morían de hambre. Dejar morir a los recién nacidos había sido una técnica adoptada en los campos nazis, especialmente para los niños física o mentalmente discapacitados. Este sistema era más simple y natural que el veneno o la muerte por inyecciones letales.

Cuando las madres se dieron cuenta de que no podían alimentar a sus niños, se difundió entre ellas una especie de psicosis. Gritaban e imploraban que ayudaran a sus hijos. Algunas cambiaron su pan por agua potable, que escaseaba mucho y solo había en la cocina, pero evidentemente con agua no se alimentaban los niños y los pechos de las madres no daban leche.

En un principio habían podido estar todo el día al lado de sus hijos, pero después solo podían verlos y darles de lactar cuatro veces al día y hacían fila en el corredor sollozando, mientras esperaban para ver a su hijo y darle de lactar. Y

por falta de alimento veían que los niños cada día se iban llenando de llagas y enfermedades sin que pudiesen hacer nada para impedirlo. Además, había ratas que los mordían y no pusieron veneno para eliminarlas.

Un día Milena Jesenska oyó el llanto de un niño detrás de una puerta, la abrió y vio a un niño recién nacido, sano que se movía entre las piernas de su madre. No estaba la enfermera Quernheim y, cuando llegó, lo ahogó en un balde de agua. Otro día la misma Quernheim quedó embarazada, pero su pareja, el doctor Rosenthal, la hizo abortar.

En el otoño de 1944 se concedió de nuevo una pequeña cantidad de leche en polvo para los niños, pero faltaban instrumentos para darles la leche. Las madres buscaron guantes de látex para poder hacer de biberón o buscar algo que hiciera de biberón para que los niños tomaran la leche. Sin embargo, era tan poca la cantidad de leche que las madres veían a sus hijos cada día más débiles hasta que morían. Cuando moría un niño, lo llevaban al mortuario. Después se levantaba un acta sobre su muerte. Marie Jo vio un registro con 600 niños nacidos entre septiembre de 1944 y abril de 1945. De ellos solo habían sobrevivido 40. Casi todos con sus madres fueron trasladados al campo de Belsen, donde murieron. Los niños siguieron naciendo hasta el último día de la liberación y pudieron así sobrevivir algunos niños franceses, rusos y polacos.

Entre agosto y octubre de 1944 llegaron 12.000 entre niños y mujeres desde Varsovia. A fines de agosto el comandante rechazó a otras prisioneras de otros campos, porque no podía admitir más. Llegaban familias enteras con sus niños y quedaban al lado de sus cosas en el descampado. Gracias a Dios, siendo buen tiempo de verano, no tenían demasiado problema por el tiempo, pero sí por las letrinas y los alimentos. Tuvieron que instalar dos grandes tiendas para cobijar las más posibles, pero estaban como sardinas en lata. Por su parte los SS. les hacían dejar todas sus cosas y después les buscaban objetos de valor para robarlos. Algunas religiosas se distinguían por su cruz al cuello, pero como algunas eran doradas o plateadas, se las quitaban y, a los pocos días, era difícil distinguir a las religiosas de las demás.

La vista de madres con niños pequeños en el campo les hizo enfurecerse a los SS., pues algunos niños correteaban sin límite y sin control. Un día, refiere Sara Honigmann, vio a una prisionera polaca haciendo fila para los baños y tenía en brazos un recién nacido. El vicecomandante del campo se le acercó, le quitó el niño de los brazos y lo golpeó con fuerza contra la pared. La madre se quedó llorando desesperadamente, mientras otro SS. le recriminó a su compañero, quien recurrió a la pistola para que no se metiera con él. Tuvo que intervenir el comandante para calmarlos. Los grupos de prisioneras judías, que llegaban de Auschwitz con niños, eran vigiladas con más cuidado y a sus niños los llevaban a

las cámaras de gas. Hubo una orden de que las mujeres que llegaban con niños menores de 14 años no fueran recibidas ni registradas en la lista. Así podían eliminarlas a ellas y a sus hijos sin dejar rastro.

WANDA POLTAWSKA

Nació en Lublin (Polonia) el 2 de noviembre de 1921. A los 15 años fue líder de un grupo de scouts. Y al estallar la guerra (1939) prestaba servicios auxiliares y se unió a la lucha clandestina. Ella nos dice:

Llevaba la vida simple de una muchacha de Lublin. En casa, aunque sin lujos, yo ocupaba la posición privilegiada de la benjamina, claramente mimada por un padre que me adoraba. Pienso que lo que me transmitió mi padre fue muy importante para el resto de mi existencia.

Heredé dos cosas de mi padre. En primer lugar: el ejemplo de una fe profundamente mariana. Mi padre era un devoto de la Madre de Dios. En casa, en una esquina de la habitación, siempre había una estatua suya, ante la que rezábamos y entonábamos cantos marianos; también íbamos al bosque a recoger flores frescas para llevárselas a la Virgen.

La fe de mi padre en la Madre de Dios como protectora del mundo era en sí misma algo ingenua. Más tarde, después de la guerra, cuando se estaba muriendo en mis brazos, me dijo que no se moriría ese día, que era lunes: “No, me moriré el sábado, porque, entonces, la Madre de Dios vendrá a buscarme”. Y así fue, consciente y en paz murió el sábado, entonando cantos marianos y, cuando ya no tuvo fuerzas para cantar, siguió tocando con una pequeña armónica cantos marianos hasta su último suspiro.

En segundo lugar, heredé —lo cual fue, con toda certeza, muy importante para mí— su amor por la naturaleza y la sensibilidad hacia su belleza. Precisamente con mi padre, hasta donde alcanzan mis recuerdos, paseaba por el bosque y las colinas de los alrededores de Lublin. Con él admiraba las flores y los árboles, recogía extrañas raíces y piñas. Nos llevábamos algunas flores que, luego, mi padre plantaba en una maceta o en el jardín. Nuestra casa estaba llena de flores que florecían siempre; todo el mundo decía que mi padre tenía muy buena mano para las flores, que florecían cada año, incluso aquellas de las que se decía que sólo florecían en años alternos. Yo pienso que él simplemente amaba las flores.

Así era mi casa. Por lo demás, puedo decir que “todo me estaba permitido”. No recuerdo ninguna disciplina ni restricción. Me encantaba

participar en las actividades de los scouts y, como en la escuela no tenía dificultad alguna, no tenía que dedicar tiempo a hacer los deberes. Era libre y hacía lo que quería. Así, poco antes de la guerra, en 1938, fui promocionada, en el equipo de chicas scouts, a la función de asistente del líder del equipo de scouts; cuando estalló la guerra, enseguida me sumergí en un torbellino de frenética actividad.

Durante las dos primeras semanas de septiembre de 1939 prácticamente no regresé a casa. Aparecía brevemente entre misiones sólo para mostrar que seguía viva.

Dividía las veinticuatro horas del día en tres turnos de servicio: por la mañana, en la Comandancia militar, donde mi equipo entablaba contactos; después del mediodía, en Lipowa, donde organizábamos la cocina de campo de los fugitivos, y, por las tardes y noches, el turno como enfermera en el hospital de campo precipitadamente organizado en Bobolanum.

Mi padre quería que me quedase en casa pero, entonces, mi madre —que normalmente no se entrometía en lo que yo hacía— le dijo con firmeza a mi padre: “Déjala que haga lo que considere oportuno”. Así pues, seguí haciendo lo que consideré oportuno.

EN LA RESISTENCIA

Después de la caída de Polonia, enseguida me uní a una red de la Resistencia y, de nuevo, me lancé a una actividad frenética, desapareciendo noches y días enteros, como correo de la ZWZ (Unión para la Lucha Armada). Con absoluta convicción, presté juramento ante la scout María Walciszewska de que estaba dispuesta a dar la vida, no sólo por Polonia, sino también por mantener mis misiones en la Resistencia en secreto. Estaba convencida de que era lo justo y que lo conseguiríamos, tanto yo como los demás.

¡Aquellos meses que precedieron a mi detención fueron tan ricos en actividad! Mi detención fue mi primer impacto con... la cobardía de la gente. Yo, que tenía la mirada puesta en la visión heroica de los defensores de la patria, educada entre compañeros honestos y valientes del equipo de scouts, viví dolorosamente aquella decepción. Hoy lo veo de otra manera pero, en aquel entonces, el hecho de que aquellos héroes al ser golpeados delatasen a sus amigos a la Gestapo, hizo añicos todo mi mundo.

PRISIONERA

¡Enviaron a seis hombres adultos para capturarme a mí, vestida con un uniforme gris de scout! Luego, un chico robusto con uniforme de las SS se encargaba de golpear a aquellas muchachas jóvenes en el edificio “Pod Zegarem”, en Lublin. Me interrogaron. Pero aguanté, apreté los dientes y callé.

Sin embargo, encontraron la manera de obligarme a hablar, una manera, por otro lado, que me facilitó bastante las cosas, porque, sencillamente, me llevaron a una habitación oscura, que se comunicaba con otra habitación iluminada, en la que estaba declarando otra muchacha que también era correo en mi misma organización. Gracias a eso me enteré de cómo habían podido arrestarme. Fue ella quien les dio mi nombre (nunca se lo reproché a ella y nunca revelé a nadie su nombre). Por supuesto, esto facilitó mi situación, no era necesario que me dejase golpear hasta la muerte. Me enteré de lo que ya sabían, pero... aquella escena minó para siempre —no, no para siempre, pero sí durante muchos años— mi fe en la amistad y, en general, en el ser humano. La dimensión de la naturaleza humana se degradó aún más en mi apreciación en aquella época, y aquel proceso de deshumanización y humillación del género humano se siguió desarrollando durante los siguientes años, los años pasados en la cárcel y luego en el campo de concentración.

Son años de los que no me quiero acordar, aunque ahora escriba sobre ellos. Del tiempo pasado en la prisión de Lublin, necesito mencionar dos hechos. El primero fue la cabeza canosa de mi padre, pues a mi padre le salieron canas en el breve espacio de las veinticuatro horas que siguieron a mi arresto. Entonces, sobornó al guardia de la prisión para que me dejase ir a la torre del Castillo de Lublin, para que pudiese verle, de pie delante del muro. No le reconocí, porque antes no tenía canas. Aquella fue la medida de su amor por mí.

El segundo hecho fue cuando, mirando por una rendija de la ventana de la celda en la que me habían encerrado, pude observar por casualidad —durante un paseo obligatorio— a mi jefe en la Resistencia, un hombre al que consideraba un modelo de heroicidad masculina. Allí vi cómo tendió ávidamente la mano para coger la colilla de un cigarrillo que un SS había tirado al suelo, y tras la que se lanzaron un par de prisioneros. El miembro de las SS les golpeó con el látigo y se rió burlonamente, y yo pude ver que mi héroe era un esclavo, no de aquel miembro de las SS, sino de su estúpida adicción, esclavo —precisamente— de aquella basura. No, después de aquel período en prisión, no me quedó nada de la admiración que había sentido por el héroe de guerra ².

² Diario, pp. 24-27.

MI VIDA EN LA CÁRCEL

El 17 de febrero de 1941 había sido arrestada por la Gestapo e interrogada en la cárcel del castillo de Lublin, mi ciudad. En la noche me metieron en una pequeña celda llena de mujeres. Cuando la puerta se cerró, observé que las mujeres estaban amontonadas, echadas sobre camastros y ocupaban toda la superficie de la celda. Solo había un pequeñito espacio junto a la puerta. Ninguna me dirigió la palabra. Algunas levantaron la cabeza para verme. Una de ellas, medio desnuda, me observó con la mirada desde la cabeza a los pies y dijo: *Una burgués*. Todas estaban sucias y con malos olores. Me eché en el suelo junto a la puerta y mi cabeza estaba sobre la taza del baño. Después me senté en la taza y una mujer, repugnante en su apariencia, me gritó: *Fuera de ahí*. Me levanté obediente y me apoyé en la puerta. Una de las chicas me invitó a echarme a su lado. Miré sobre su manta y vi que caminaban grandes piojos blancos. Tuve náuseas y ganas de llorar, pero una voz fea dijo: *¿La reinecita va a llorar?*

Después de algunos días arrestaron a Krysia, que pertenecía a mi mismo grupo scout y tenía dos años menos que yo. Nuestros padres hacían lo posible para que no sufriéramos hambre y compraban a los guardias y nos llevaban de comer. Incluso recibimos alguna carta metida en una especie de pasta cocida.

Pero había cosas desagradables, por ejemplo las letrinas. Quien no ha visto las letrinas de una prisión, no puede hacerse una idea: dos filas de agujeros, una enfrente a otra para diez personas cada fila y un hombre de guardia al fondo. Al principio sufría por la vergüenza, pero después me fui acostumbrando. Además en la prisión había pulgas, piojos y mucha suciedad. Sobre todo faltaba agua y así explotó una epidemia de tifus.

Yo sufrí durante largo tiempo de una llaga producida por las cuerdas que me habían puesto en las manos para atármelas. Tuve hasta fiebre y fui enviada al hospital. El médico no me miró, miró la llaga y dijo: *¿Cuándo ha parido?* Solo en ese momento me miró a la cara y me preguntó: *¿Qué ha sucedido?* La llaga me duró mucho tiempo hasta que una de las chicas hizo explotar la llaga de la que salió pus. El dolor cesó y quedé con una cicatriz. Después de un tiempo fuimos trasladadas a una celda del piso superior.

Esta celda pronto se hizo pequeña, pues estábamos ya 53 mujeres. Por las noches, de vez en cuando, encendían la luz y nos ordenaban estar atentas. Llamaban a algunas por sus nombres y las hacían salir. Desde ese momento nadie podía dormir y rezaban en voz alta las oraciones por los agonizantes, porque la consecuencia de esas visitas nocturnas eran palizas e incluso la muerte.

Un día llamaron a la mitad de las que estábamos, incluidas Krysia y yo, pero no se trataba de ir a la muerte, sino de traslado a otra celda. En esta celda estaba Gencowna, una prostituta, parece que convivía con algún guardia. Se comportaba como si fuera la reina de la prisión. Tenía varios admiradores, que le daban todo lo que necesitaba. Con nosotras dos fue complaciente y pudimos ir a lavarnos a la lavandería, donde ella misma se lavaba cada día.

Lamentablemente estuvimos poco tiempo. Un día habíamos hablado durante el paseo y como castigo nos trasladaron a la celda peor, una celda del primer piso junto a las letrinas. Allí estaban ya tres chicas, una de ellas una joven prostituta de 16 años y estaba allí por infanticidio. Me dio un miedo terrible. Además tenía 6 dedos en cada mano y en cada pie. En cuanto podía, yo trataba de proteger a Krysia. La otra prostituta era mayor. Tenía 25 años, aunque aparentaba 50. Estaba siempre echada, enferma y maloliente sobre el piso de cemento. La celda olía muy mal y en el suelo había algunos excrementos. Pronto nos sacaron de esa celda. Todos los guardianes nos conocían y algunos tenían atenciones especiales con Krysia, que tenía 17 años. Una vez nos hicieron subir al desván para ver desde allí a la gente, que dejaba paquetes en el portón de la prisión. Cuando entré la primera vez, en el período de la máxima difusión de la epidemia de tifus, retrocedí espantada, porque había una grandísima cantidad de pulgas. En un momento, nuestros pies fueron cubiertos hasta los tobillos. En una esquina había cadáveres, amontonados uno encima de otro. Desde esa ventana vi a mi padre con un paquete. Pero el guardián, que nos dejaba subir al desván, fue arrestado y se acabaron nuestras idas al desván para ver desde arriba a los que dejaban los paquetes en el portón.

Además de las pulgas, piojos, etc., también había sarna, que producía grandes bubones inflamados y dolorosos. Todas quedamos contagiados más o menos. Las curas eran a base de agua de azufre y así las llagas se inflamaban aún más. Solo la farmacia privada de nuestra compañera Niusia nos ayudó a curarnos con cosas que le trajeron de su casa ³.

Nunca podré olvidar las burlas y miradas hostiles de aquellos hombres, que con sus látigos se colocaban delante de mujeres desnudas y con sus botas de caña alta brillantes, contemplaban con absoluto cinismo realidades humanas normales, pero que, en ese escenario, resultaban de lo más inhumano. Las letrinas comunes obligaban a muchas mujeres —no ellas, sino el cuerpo y sus procesos— a realizar en público funciones tan íntimas que todo se rebelaba dentro de nosotras. Pero la fisiología del cuerpo también es despiadada. Es difícil imaginar esta violación del pudor humano que allí cometían aquellas personas, es absolutamente imposible imaginársela.

³ Paura, 6-12.

¿Qué podía sentir por esos hombres que nos obligaban a mí y a todas nosotras a desnudarnos de una forma que parecía destruir todo lo que teníamos de humano? ¿Cómo puede conservar una persona su propia humanidad en aquella masa, empujadas como ganado con una violencia brutal?

Y, a pesar de todo, yo tenía un rincón de mi propio “yo” en el que conservaba mi libertad interior. Les despreciaba profundamente: esa gente que creía dominar el mundo entero; pero yo, en mi interior, estaba intacta y conseguí conservar algo que me ayudó a resistir todo aquello durante esos cuatro años. Conservé... la curiosidad. Simplemente, empecé a observar a todos esos miembros de las SS y a mis compañeras de prisión, empecé a prever cómo se comportarían. Continuamente me preguntaba a mí misma: ¿Cómo es posible que esa sea una persona y esa otra también?

Gracias a las clases de religión había llegado al convencimiento de que todos los seres humanos son obra de Dios, de que son creados a imagen de Dios, por tanto, me preguntaba: ¿Cómo es posible que sean así? Con aquella actitud de observación, conseguí sobrevivir y no ceder a la desesperación, y, tal vez, gracias a ello, salir de aquel infierno del campo de concentración.

¿Quién eres tú, ser humano? Me lo preguntaba a mí misma y observaba todo ávidamente e, incluso, hacía ciertos experimentos. Una vez, cuando una guardiana furiosa se lanzó hacia mí con el látigo, le dirigí una mirada que debía estar llena de desprecio porque aquella mujer joven golpeó a una anciana y canosa profesora que estaba de pie a mi lado. No lo soporté y le dije entre dientes, en voz baja aunque ella lo escuchó, siseando: “Basta”, no dije nada más. Ella se volvió hacia mí y... aunque amagó un golpe, no llegó a golpearme.

Más adelante, en una ocasión en la que observaba ávidamente a esa misma guardiana, alguien le llevó a su hija, una niña de unos tres o cuatro años, con un abrigo rojo. Aquella mujer que, un momento antes o un momento después, daba latigazos a mujeres mayores y las sacaba de la fila, condenándolas a muerte —porque ese precisamente era el momento de la selección—, con una sonrisa tierna cogió a la niña en brazos. Aquella misma mujer, que un momento antes era brutal, nos mostraba un rostro totalmente diferente, ahora iluminado por una sonrisa que yo nunca hubiese podido sospechar en una mujer tan cruel con nosotras ⁴.

⁴ Diario, pp. 28-30.

EN RAVENSBRÜCK

Un día llegó la noticia de que nos trasladaban de ciudad. Krysia y yo éramos prisioneras políticas. En el primer convoy de mujeres íbamos 154 a un campo de concentración. Habíamos estado en prisión durante siete meses, en el castillo de Lublin. Nosotras estábamos cogidas de la mano para ir juntas. Nos llevaron en camiones a la estación de tren y allí nos hicieron subir en vagones de pasajeros, ocho personas por compartimento. Algunas empezaron a cantar. Llegamos a Varsovia. Seguimos en tren, pasamos Berlín. Estaba oscuro. Era el 23 de septiembre de 1941. Llegamos a Fürstenberg. Allí nos esperaban las guardianas, mujeres altas, rubias, de ojos duros e insensibles. Estaban vestidas con capas negras, que recordaban a los caballeros teutónicos y a sus lados había siempre perros lobos grandes. Las recién llegadas estábamos en pie, en silencio, inmóviles, rodeadas de los perros y de esas mujeres hostiles y peores que los perros. Daban patadas, puñetes y bofetadas desde el primer momento. Callábamos.

Nos llevaron de la estación en camiones al campo de concentración de Ravensbrück, especial para mujeres. A partir de ese día, ya no teníamos nombre o apellido, solo un número de identificación. Llevábamos un triángulo rojo como prisioneras políticas. En nuestro convoy había muchas chicas jóvenes, sobre todo de los grupos scouts. La más joven tenía 15 años. Éramos sobre todo intelectuales, profesoras etc. Lo primero que hicieron fue ponernos en cuarentena. Por las mañanas saltábamos de la cama al sonido de la sirena y debíamos hacer la cama. Si no la hacíamos a su gusto, la deshacían y debíamos rehacerla. Herminia, la alemana, jefa de nuestro bloque, odiaba a las polacas con toda su alma. En la cuarentena sufrimos aislamiento total, ya que los alemanes tenían gran pavor a ser contagiados.

Después de la cuarentena, vino el sistema de trabajo. Había diferentes trabajos, dentro y fuera del bloque. Uno era confección de vestidos y otros trabajos de cocina, limpieza, etc., pero otros se hacían fuera del campo como transportar carretillas con carbón para la calefacción, cemento o ladrillos para la construcción. Por la tarde llegábamos al bloque y nos echábamos a la cama casi sin vida. Krysia y yo íbamos siempre justas. Si llamaban a una para un trabajo, la otra se anotaba al mismo.

Uno de los momentos más desagradables era el de pasar lista. Algunas se dormían y algunas caían al piso. Para que no cayeran al hielo o nieve en invierno, les dábamos ligeros golpes en la espalda, que llamábamos *masaje americano*.

De trabajar teníamos las manos hinchadas. En invierno hacía tanto frío que no podíamos ni dormir y a las cinco de la mañana sonaba la sirena para

levantarnos. Solo en la tarde, después de tomar una sopa aguada y caliente, podíamos dormir hasta que nos llamaban a pasar la lista.

Al llegar la Navidad, una guardiana buena nos permitió cantar a cada una cantos de Navidad según su nación. Cantamos a plena voz cantos polacos. Estábamos tristes, pero con los cantos descubrimos la esperanza de ser personas y tener sentimientos. Pasó la Navidad de 1941. Después vino la tentación de comer. Por mucho tiempo ninguna de nosotras había robado a otra algo de comer y pasó cierto tiempo hasta que lo vi por primera vez. El hambre nos atenazaba y nos hacía soñar con comida y teníamos largas conversaciones sobre alimentos. El hambre era más fuerte que el deseo de dormir, quien tiene hambre no logra dormir ⁵.

LESBIANAS

Otro grave problema eran las parejas de lesbianas. Un día yo también recibí una carta de una chica zíngara (gitana). Se llamaba Zorita y me decía: *Si quieres amarme, ven detrás de la esquina del bloque 12*. Desde ese día evitaba mirar a Zorita. Al principio sentía disgusto, después sentí compasión. Otro día recibí propuestas de algunas mujeres marimacho, es decir, que hacían de hombres. Recibí muchas propuestas. Esto era peor que el hambre. Estas propuestas y lo que se veía me quitaron la confianza en la gente y me hicieron pasar algunas noches sin dormir. Era como una epidemia, un fuego, una pasión. Trataba de que Krysia no viera lo que pasaba, pero no lo pude evitar. Al principio los alemanes mandaban a las lesbianas al bloque de castigo, pero después no hicieron nada, porque eran muchas. Un día vi a una anciana besar de rodillas apasionadamente las piernas de una jovencita gitana y desnudarla con una avidez que nunca habría sospechado. Se crearon parejas, algunas duraron hasta el fin de la prisión, otras terminaban por los celos ⁶.

Esto se arraigó aún más cuando, con ojos como platos por el estupor, observé una repugnante escena de supuesto «amor» lésbico, en la que el cuerpo humano, en aquel escenario en el que continuamente se cometían crímenes, se prestaba a algo que, por su propia naturaleza, contradecía todo aquello que hubiese podido ser bello. Para mí, aquello era un pozo cuya existencia ni siquiera sospechaba. En realidad, al principio no me di cuenta de la ambigüedad de ciertos gestos, pero llegó un momento en el que cada gesto del cuerpo, cada gesto de las manos, me parecía una perversión, como si una porquería repugnante lo recubriese todo a nuestro alrededor. De repente, el campo se llenó

⁵ Paura, 22-42

⁶ Paura, 48-50

de mujeres repugnantes, rapadas al estilo masculino, que con movimientos vergonzosos e imitando a los hombres, ponían sobre mí sus zarpas. Yo les gustaba a esas “man”, tal y como las llamaban.

¡Dios mío, sólo la fe podía salvarme, la fe en el único Dios, inculcada por mis padres y cultivada en la excelente escuela de las Hermanas Ursulinas!

No, allí no perdí en ningún momento la fe en la existencia de Dios, pero... era como si el propio Dios se hubiese alejado, como si Él no quisiese saber nada de lo que ocurría allí, como si nos hubiese abandonado. En mi interior fue surgiendo tal dureza, ¡la dureza de la soberbia humana! ¿Nos abandonas, no quieres reconocernos?, pues muy bien, que así sea, voy a salir adelante, lo soportaré todo yo sola.

Sobreviví gracias a esa obstinación. No me rebelé, no, era mi destino. Además, aquel juramento que presté en noviembre de 1939, también incluía estar dispuesta a todo. Muy bien, ¡esto era consecuencia de mi propia elección! Mi destino, ¡pues muy bien! Y al ver a Wanda Madlerowa que, siendo todavía prisionera, rezaba cada día, persistiendo todo el tiempo en esa tradición de rezar juntas, me parecía que era un poco ingenuo y demasiado simplista que todo fuese voluntad de Dios y que todo tuviese que ocurrir así porque Él lo quería. Y no encontré en aquella idea —que Dios existe— ningún consuelo ni solución al misterio del ser humano⁷.

ENFERMA

Un día estaba enferma y tenía un enorme bulto inflamado en la axila. Aquel día el dolor era fuerte y no podía mover el brazo. En la noche fue terrible, pues había trabajado todo el día. En el delirio de la fiebre soñaba con fantasías. Gracias a esa enfermedad, conocí la enfermería. Allí fui llevada con fiebre y escalofríos. En la enfermería había muchas enfermas de todo tipo de enfermedades. Por primera vez vi a la doctora Oberheuser. Me abrió el bulto y volví al bloque. Me senté en unas escaleras, pues de la frente me caían unas gotas de sudor. Pero una guardiana me sacó de allí y me envió al trabajo. La cabeza me explotaba, pasaba de una sensación de calor a una de frío. Al día siguiente tenía 39.7 de fiebre y tuve que ir a trabajar. No tuvieron consideración a mi fiebre ni a mi dolor. Solo Krysia estaba preocupada. Recuerdo varias noches sin dormir por el dolor.

⁷ Diario, pp. 32-33.

Cuando ya estaba bien, un día la guardiana me envió a descargar ladrillos de un barquito que estaba en un lago cercano. Nos pasábamos los ladrillos de una en una en una gran fila. Me hicieron daño en la mano, ya que quedó despellejada. Me salía sangre y, cuando ya no podía más, vino la guardiana y le mostré mis manos sangrantes. Me puso aparte y por el resto del día llevé solo unos cestos, que también me hacían daño, pero no tanto.

El alimento que nos daban era patatas con piel o col verde. En la mañana sopa de harina, que bebíamos rápidamente. Al principio tirábamos las peladuras de las patatas, pero llegó un momento en que las compañeras se peleaban por las peladuras ⁸.

EXPERIMENTOS

El 28 de julio de 1942 nos ordenaron ir a la enfermería. Cuando llegamos, encontramos otras mujeres. Yo estaba en el último grupito de cinco. Fueron llamados las primeras diez. Pero faltaba una. Pensé estoy sola, sin Krysia. Nos ordenaron desnudarnos y la doctora Oberheuser y el doctor Rosenthal nos pesaron y observaron nuestras manos y piernas; y terminó la visita. Dos días después, vino la jefa del bloque con una lista de diez mujeres. De nuestro bloque salimos tres. Las otras siete ya estaban en la enfermería. El doctor envió a cuatro detrás del bloque y quedamos seis. Las otras cinco era presas políticas.

Me llamaron y entré la primera en un baño, la bañera tenía agua caliente. Me quité la ropa y una joven alemana me llevó una camisa limpia y la parte superior del pijama. Le pregunté qué iban a hacer. Me dijo: *Estás enferma y te quieren operar*. Respondí que estaba sana, y que eso era absurdo.

La enfermera, después del baño, me hizo ir a través de un corredor a la última sala, donde había seis camas blancas y limpias. Me invitaron a echarme en la cama. Tenía un sueño tremendo. Recuerdo que fui despertada con un grito. Abrí los ojos y allí estaba una enfermera vestida de negro con una hoja reluciente en la mano. Salté de la cama y la enfermera me dijo que no me haría nada, que solo quería depilarme las piernas.

Nos depilaron una tras otra. Después entró la enfermera con una inyección, tenía cinco centímetros de un líquido amarillo y opaco. Puso la inyección intramuscular a todas. Después de la inyección tuve la sensación de pesadez, veía y sentía, pero no podía moverme ¿parálisis muscular? No entendía nada. Entró de nuevo la enfermera con otra inyección. Esta vez subcutánea. La

⁸ Paura, 55-59.

primera nos había paralizado y ¿ahora? Metieron en la sala una camilla y me acordé de lo que la alemana me había dicho, estando en la bañera: Una operación. Pero ¿por qué? No entendía. Permanecimos en la camilla mudas y en una terrible atmósfera de espera. Después de algún tiempo nos llevaron fuera a través del corredor. Me dormí. Me desperté tarde con dolor de cabeza. Junto a la camilla había una silla y había un tazón con col verde, y la sola vista me dio náuseas. Entró la enfermera con un montón de vestidos y nos ordenó vestimos. Debí tener una mirada extraña, porque la enfermera me dijo: *¿Por qué miras con esos ojos?*

Intenté caminar, pero no podía. Las piernas no me obedecían. Las polacas que trabajaban en la enfermería nos acompañaron al bloque, donde fuimos acogidas con alegría y hasta entusiasmo, porque habían creído que nos iban a fusilar. Me puse a llorar. Me rodearon y me preguntaron: *¿De verdad no os han hecho nada? ¿No os han hecho nada de particular? ¿No tenéis dolor de cabeza?* Me sentía débil y me desmayé ⁹.

El 1 de agosto de 1942 vinieron de nuevo a llevarnos a la enfermería. Las mismas chicas, las mismas camillas, los mismos pijamas, la misma inyección. Esta vez volví en estado de inconsciencia y con la pierna derecha enyesada hasta la rodilla y sobre el yeso un número romano. Era el 1. Nos regresaron a todas inertes e inermes. En el corredor delante de la sala operatoria fuimos dormidas por el doctor Schidlausky con una inyección endovenosa. Antes de dormirme, me golpeó un pensamiento: *No somos conejillos de Indias*. Parece que durante la operación, repetí esta frase. Tenía una sed terrible. La enfermera me trajo una taza blanca, la tomé en la mano y me asombré de que una taza tan pequeña fuera tan pesada. No podía sostenerla en la mano. La dejé caer y se hizo pedazos. Comenzaba a tener conciencia y pensé en la pierna, la descubrí y vi sobre el yeso esta vez escrita III TK. Pregunté en alta voz: *¿Qué habéis puesto en el yeso?* La pierna estaba torpe e insensible y la cabeza muy pesada.

Quería dormir. Era el principio de una calurosa noche de agosto, pero en ese momento comenzó el tormento. Las chicas no estaban sentadas, estaban echadas en los camastros privadas de conciencia, ardiendo en fiebre. Nosotras, que éramos el primer grupo de experimentos, tuvimos la suerte de tener enfermeras por turno de noche. Las que fueron operadas después, quedaron encerradas en una sala bajo llave.

Las piernas se nos hincharon, estaban calientes y rojizas. La mía estaba tan hinchada y enyesada que cortó la carne. El 3 de agosto vino el doctor Fischer, el asistente del doctor Gebhardt. Lo observé atentamente, buscando descubrir en

⁹ Paura, 67-72.

su rostro impasible alguna muestra de sentimientos humanos, pero tenía el aspecto de un hombre que cumplía actos criminales a sangre fría ¿En nombre de qué cosa? ¿Para el progreso de la medicina?

Después vinieron dos hombres, un civil elegantemente vestido de negro y un militar anciano. Nos preguntaron la edad y el motivo de la prisión. Ese mismo día en que vino el doctor Gebhardt, nos hicieron la primera cura. Dios sabe qué cosa era. Nos quitaron el yeso y algo hicieron sobre la herida. Nos habían cubierto la cabeza con una sábana. Tuve la impresión de tener dos agujeros en la pierna, uno en el tobillo y otro más alto ¹⁰.

Hubo un momento en que llamaron a Krysia para la operación. Pensé que iba morir en el tumulto de tantos sentimientos contrarios, sin embargo Krysia regresó a casa sana y sin trazas de cicatrices, porque había formado parte del grupo de elegidas que, después de la operación, fueron curadas y no tenían cicatrices.

Un día estábamos todas en la cama en silencio, cuando sentimos pasos rápidos en el corredor. Entraron la enfermera y la jefa del bloque. La enfermera nos miró una a una, sacó un papel del bolsillo y leyó en alta voz: *Rosalía, a vestirse*. Rosalía explotó en llanto. Dijo: *¿No les basta haberme cortado y ahora quieren matarme?* Se vistió entre sollozos. No tuvimos el coraje de consolarla. Una vez vestida, se sentó en el lecho, porque no podía permanecer de pie. Un momento después la jefa preguntó: *¿Cuánto tiempo ha pasado desde tu operación?* Contestó: *Diez días*. Y la enfermera replicó: *Desvestirse y a la cama*. Todas suspiramos tranquilas, por el momento Rosalía estaba salvada.

Otro día se oyeron pasos. Eran once hombres sanos que miraban a seis mujeres que no podían defenderse. Delante de nosotras pusieron los diagramas de temperatura y los resultados de los análisis de sangre y orina. El doctor Fischer se acercó a nosotras, una a una, explicando y mostrando algo. Cuando se acercó a mí dijo: *La pequeña entiende el alemán*. Miraron uno por uno mi herida en la pierna. Los miré con cierto desafío y desprecio. Salieron dejando la puerta abierta, mientras nosotras permanecemos en la sala largo tiempo. Cuando finalmente callaron las voces, vino la doctora Oberheuser a ordenarnos levantarnos de inmediato. La miré aterrorizada. Le dije que las piernas no habían sido fajadas y las moscas estaban sobre nuestras heridas desde hacía por lo menos cinco horas.

El 23 de agosto mandaron al bloque a todo nuestro grupo de experimentación. La jefa nos permitió quedarnos en la cama todo el día. Una

¹⁰ Ib. pp. 73-78.

guardiana nos trajo flores, otra nos llevó zanahorias. Otra chica me dio un pedazo de pan. Me dijo: *Es un pan extra especial para ti*. El 4 de septiembre de 1942 operaron a Aniela y le enyesaron las dos piernas hasta la ingle. La operación duró más de una hora. A las polacas que estaban en la enfermería les pareció sentir el rumor del escalpelo (especie de cincel) sobre los huesos. No tenía fiebre alta, pero tenía mucho dolor en las piernas y en todo el cuerpo. Fuimos amigas y me habló de su niña de cuatro años. Deseaba que creciera bien y fuera bien educada. Tenía miedo de que sufriese, porque se había quedado sola. Me preguntó: *¿Piensas que me sacarán de aquí? No he hecho mal a nadie. Ellos no pueden hacerme ningún mal, porque el Señor me salvará. No he hecho daño a nadie. Pero esa misma mañana llegó al bloque la lista de las ejecuciones: seis mujeres del convoy de Lublin. El nombre de Aniela había sido cancelado con un lápiz rojo. Y yo pensé: ¿Y las otras? ¿Y las que seguirán después? ¿Han hecho daño a alguien?*¹¹.

El 15 de septiembre llevaron a la enfermería otra chica de nuestro convoy y también a ella la operaron a los huesos. Le habían enyesado las dos piernas. Las operaciones a los huesos, aunque no provocaban casi nada de fiebre, eran muy dolorosas. Consistían en quitar el periostio. Hoy sabemos que hicieron estas intervenciones, no solo al peroné, sino también en la tibia. El 30 de septiembre fueron llamadas otras diez mujeres. Ese día, durante la llamada de la lista, no había luz en el campo, las llevaron en plena noche ¿A dónde? Solo por la mañana supimos que estaban en la enfermería para la operación. Las diez sufrieron una operación, cortándoles un pedazo del peroné de la pierna derecha y no fueron enyesadas. Tenían mucha fiebre y estaban medio inconscientes. En los primeros cinco días siguientes, le pusieron tres inyecciones intramusculares al día. El quinto día no les pusieron inyecciones, pero el estado de salud de Kraska empeoró y se lamentaba de tener las mandíbulas entorpecidas y el cuello extrañamente rígido.

Otro día tomaron un grupo de 12 mujeres para infectarlas con bacterias. Las 12, que hasta ese momento habían estado sanas, se retorcían de dolor. Y dice, echando algunas cuentas: *Una vez que lloré de desesperación fue cuando, después de una operación experimental como conejilla de indias (como se nos llamaba), me dieron permiso para ausentarme del trabajo, porque la pierna todavía me supuraba (en cualquier caso, no sanó hasta un par de años después, cuando ya me encontraba en libertad). Me quedé en el barracón y con la encargada del barracón dividí una porción de —patatas con piel— en los platos de las compañeras que estaban trabajando. Prestábamos mucha atención a que el reparto fuese justo. Algunas patatas eran grandes, otras pequeñas; y, en aquella época, todas estábamos a punto de morirnos de hambre; era la época en*

¹¹ Ib. pp. 81-88.

la que también se nos prohibió recibir paquetes. El comandante del campo declaró que si alguna de nosotras sobrevivía más de tres meses con aquella ración, demostraba que robaba comida, puesto que las raciones estaban calculadas para hacernos morir de hambre (aunque de esto me enteré muchos años después, a través de los documentos de la Comisión de Investigación de los Crímenes Alemanes en Polonia). Fue en aquella ocasión cuando vi por casualidad que una profesora con el pelo canoso, una mujer respetada a la que yo adoraba, a escondidas, entró la primera, cogió rápidamente de algunos platos una patata y se fue a las letrinas. La seguí. No me había visto, ¡rápidamente engulló las patatas robadas!

*Y para mí, “el mundo se vino nuevamente abajo” y lloré por la noche, lloré en el silencio de la noche toda mi decepción*¹².

Fuimos operadas 71 mujeres, 66 sobrevivieron, pero habituadas al pensamiento de la muerte y de la invalidez, pues dudaban de poder caminar en el futuro las operadas de los huesos. Las infectadas de bacterias sabían que nunca iban a tener piernas normales. La vista de aquellas inválidas, que cojeaban de momento visiblemente, era triste.

REBELIÓN

El 8 de febrero de 1943 fueron enviadas a la muerte ocho mujeres del convoy de Varsovia, entre ellas una que había sido operada. Al día siguiente fueron fusiladas las de otro grupo del convoy de Lublin. Había ejecuciones día tras día, incluso de mujeres operadas. Algunas se rebelaron y no aceptaron presentarse, cuando eran llamadas para la ejecución. Cuando nos llamaban al pasar lista, la mayoría golpeaba el suelo con los pies o hacía ruidos para manifestar su disgusto.

Y hubo un anciano campesino del lugar que nos enviaba fruta y algunas, arriesgándose a morir, nos enviaban algunos paquetes de alimentos. No sabíamos quiénes eran pero nos ayudaban así. En la primavera de 1944, por medio de la Cruz Roja, empezaron de nuevo a llegar paquetes de alimentos, los mejores llegaban de Friburgo, en algunos había unas letras escritas en las que el Papa daba a todas la bendición. Con los paquetes, nuestra moral mejoró y teníamos esperanza de regresar a casa, sobre todo cuando ya se veía que los alemanes perdían la guerra. Entonces empezaron a llegar a nuestro campo mujeres trasladadas de otros campos, venían mujeres encinta y niños. Después de 4 años, no veíamos un niño. Un día encontró nuestro grupo en el campo un fajo de

¹² Diario, p. 31.

dólares y nos lo repartimos. Nos tocó a cada una 80 dólares. Krysia y yo lo recibimos en billetes de 20 dólares. A las recién llegadas les enseñábamos cómo comportarse, pero en el campo había enfermedades contagiosas como el tifus, la escarlatina, el sarampión que diezmaban a las prisioneras e incluso también morían contagiados algunos de los soldados, pues había mucha suciedad, pulgas, piojos, etc. Las nuevas llegadas, un día asaltaron a las que llevaban los calderos de sopa y los hicieron caer y se lanzaron al suelo a lamer la tierra que tenía la sopa. A partir de ese día, las que llevaban los calderos de comida tuvieron que ir vigiladas por soldados.

Había niños, gitanos, polacos, judíos y otros que no se sabía de dónde. Vino una comisión de la Cruz Roja, que concedió leche para los niños. Pero el repartir la leche fue un problema difícil. Los mismos niños mayorcitos de 12 y 13 años se tiraban contra nosotras y la leche terminaba sin poder repartirse para todos. Tuvimos que encerrar a los niños en un bloque y hacerlos salir de uno en uno para darle a cada uno su ración y que la tomara de inmediato para que no se la quitaran. El año 1945 se notó cierto relajamiento en la vigilancia del campo, pues el fin de la guerra se veía venir.

Cuando llevaban a algunos a la muerte, daba rabia pensar que faltaba tan poco para ser libres y tener que morir. Por eso, al pasar lista durante varios días seguidos, hubo apagón producido por un joven, que tenía acceso a la instalación eléctrica.

DAR LA VIDA POR OTRAS

Una noche que lloré fue de felicidad. Resulta difícil creer que el campo de concentración haya podido concederme una noche semejante.

Era enero de 1945. Los alemanes estaban perdiendo la guerra, pero en Ravensbrück todo seguía igual, e incluso peor. Llegó la noticia secreta de que iban a aniquilar a las “conejillas de Indias”: a nosotras, las chicas con números del séptimo millar, que fuimos utilizadas para operaciones quirúrgicas experimentales, las chicas del convoy de Lublin, estábamos todas condenadas a muerte.

Al día siguiente seríamos ejecutadas. Esta noticia estremeció a todo el mundo. ¿Y qué ocurrió? Que esos “cadáveres”, esos “fiambres” —como llamábamos a las mujeres que habían dejado de ser humanas y vivían en estado vegetativo— se convirtieron, de repente, en heroínas y querían defendernos.

En este momento, me viene a la memoria una persona: Wladka Dąbrowska, mi amiga del alma, cuyo nombre no revelé entonces, porque ella no lo quiso —todavía vivía—, pero ahora que ella ya descansa en el sueño eterno puedo hacerlo.

Wladka se me acercó entonces con la propuesta de cambiar los números. Wladka no había sido operada y, al día siguiente, sólo nosotras, las “conejillas de Indias” de Ravensbrück, debíamos ser enviadas a la cámara de gas. Se inventó toda una historia que no me creí, que tenía cáncer y que, por consiguiente, no sobreviviría mucho tiempo, y que yo era joven y tenía que dar testimonio sobre la verdad de lo que allí había ocurrido, que tenía que regresar...

Y precisamente por ese motivo lloré toda la noche. Entonces también descubrí el abrazo de hermana de aquella mujer mayor que yo y, en sus brazos, lloré de alegría, de que fuese tal y como era.

No, no acepté su sacrificio, pero Wladka se presentó igualmente a la mañana siguiente, cuando pasaron lista, con el número de Krysia, una de las “conejillas de Indias” más jóvenes.

No hubo ejecución, pero así actuaron Wladka y otra mujer, una mujer noruega mayor, cuyo nombre no recuerdo, pero que también estuvo dispuesta a hacer el mismo sacrificio y que se colocó en la fila con el número de nuestra “conejilla” más joven, Basia Pietrzyk. ¡Qué noche de felicidad la del 5 de enero de 1945 en un campo de concentración terrible!

Cuando, después de haber regresado a Cracovia, el sacerdote y profesor Konstanty Michalski —ignoro quién le habló de mí— me llamó y me preguntó qué me había salvado en el campo de concentración, sin darle nombres, le relaté aquella escena.

Por lo demás, es preciso decir que nuestras compañeras mayores, en particular nuestras profesoras, se ocupaban de nosotras, las jóvenes. Ellas, con su postura protectora, tenían algo de maternal y, aun así, sólo a una de esas mujeres la llamábamos madre (Maria Liberakowa), aunque todas se esforzaban en protegernos, en salvamos de alguna forma del exterminio interior. Más adelante, cuando casi me estaba muriendo de hambre, me di cuenta de lo mucho que aquellas profesoras querían defendernos precisamente de la pérdida de humanidad. Nos salvó nuestra mente, que en aquella realidad espantosa estaba como paralizada. Aquellas mujeres, las mismas que también se estaban muriendo de hambre, habían organizado para nosotras, las jóvenes, una escuela —una verdadera escuela, aunque sin libros ni lápices— para que “no

*perdiésemos tiempo”. De los riquísimos recursos de la memoria humana nos transmitieron lo que pudieron. Aprendí historia, matemáticas, física, geografía e, incluso, anatomía, porque ya hacia el final de mi reclusión en el campo, decidí que quería ser médico. salvaron algo dentro de nosotras*¹³.

ALGUNAS DIFICULTADES

Algunas, que trabajaban fuera del campo e iban a recibir el pan a Neustrelitz, contactaron con algunos presos polacos y pudieron así enviar noticias al exterior de lo que sucedía en el campo de concentración. Un día nos enteramos que los chicos polacos, que estaban trabajando en el campo, tenían un capellán francés. Conseguimos que nos enviaran hostias consagradas. En nuestro bloque se hizo un silencio profundo y sagrado. Las chicas controlaban el bloque y corredores para ver si alguien venía. Fuimos en fila a recibir la hostia blanca. Algunas estaban viviendo un milagro. Unas envidiaban a las que recibían la comunión. Otras estaban en silencio. Ninguna profanó aquel momento. De los labios sonrientes se elevaba un susurro: *Da, Señor, la paz a los que sufren*¹⁴.

Instalaron hornos crematorios. A veces veíamos las llamas del horno crematorio, que iluminaba la oscuridad de la noche. Había sido construido hacía poco detrás del muro. Era un horno pequeño, lo suficiente para las necesidades del campo. Hubo una mejoría en nuestras condiciones y nos permitieron recibir paquetes. Los primeros fueron recibidos para Navidad. Por primera vez, después de muchos meses, no estábamos hambrientas. Comimos un poco de azúcar y pudimos darles algo mejor a los enfermos. La llegada del primer paquete fue un momento de gran conmoción. Debimos esperar en fila por varias horas con frío.

De vez en cuando, los alemanes organizaban el reclutamiento de jóvenes prisioneras para el burdel de los soldados. Preguntaron quién quería ir al burdel. Todas quedamos en silencio. Después de algunos minutos, una mujer, que era prostituta de profesión, dio un paso al frente y todas le silbamos. Elegimos una delegación para que fuera a hablar con el comandante jefe del campo para que no volviera a ofendernos con semejantes propuestas. Preguntó de qué bloque éramos y nos castigó durante dos semanas sin correo ni paquetes; y la delegada enviada fue arrestada. Estábamos llenas de rabia. Los alemanes trataron de dar nuestros paquetes a otras, pero se manifestó la solidaridad y nadie quiso recibirlos. Dos semanas sin paquetes era un pesado castigo, pues equivalía a dos semanas de hambre. Las otras mujeres tenían la posibilidad de trabajar fuera del campo y encontrar algo de comer.

¹³ Diario, pp. 33-35.

¹⁴ Paura, p. 127.

LA LIBERACIÓN

Llegaron muchas mujeres del campo de Auschwitz y fueron alojadas en un enorme hangar en el centro del campo. Probablemente, ese convoy nos salvó la vida, ya que ni los alemanes sabían cuántas mujeres había. Cuando llegó la liberación, compré la última hogaza de pan por 20 dólares a los soldados de la SS. Había podido salvar el dinero, pegándomelo bien en las plantas de los pies.

Cuando huyeron los SS, las chicas se lanzaron a buscar alimento; por todo el campo, en la cocina, en las oficinas y almacenes. Entre ellas se peleaban. El 7 de mayo de 1945 fue la primera noche de libertad y se oían las explosiones en alguna parte cercana. En el campo las chicas cantaban, hicieron fogatas y prepararon carne de ternera. Al amanecer algunas habían muerto por el banquete que se habían dado de carne y otras cosas, estando sus estómagos todavía no acostumbrados a comer tanto. Krysia y yo y otras cinco llegamos al campo de Neustadt-Glewe. Éramos siete. Encontramos en un lugar un burro recién muerto, que todavía estaba con sangre, y lo cortamos en pedazos y comimos su carne. Continuamos caminando en dirección a Polonia, pensando en nuestras casas. En el camino tuvimos que sortear el peligro de algunos hombres e incluso de soldados rusos, que querían violarnos.

Un día estábamos sin comer y en la ribera de un río encontramos un pez grande de agua dulce, llamado lucio. Encendimos fuego y preparamos una sopa de pescado. Al final, tuvimos suerte de poder subir a un tren, que estaba lleno de hombres, y poder así llegar poco a poco a nuestras casas.

DESPUÉS DE LA GUERRA

Después de la guerra Wanda (Dusia para los amigos) se trasladó a Cracovia. El 31 de diciembre de 1947 se casó con el filósofo Andrzej Poltawski (1923-2020) y tuvieron cuatro hijas. En 1951 se graduó en medicina en la universidad Jagellónica y luego obtuvo grados de especialización y un doctorado en psiquiatría en 1964. En los años 1952-1969 fue profesora asistente en la clínica psiquiátrica de la universidad médica de Cracovia. De 1955 a 1964 fue profesora de medicina pastoral en la Facultad pontificia de teología de Cracovia y de 1964 a 1972 trabajó en la facultad de diagnóstico y tratamiento en la cátedra de psicología de la universidad Jagellónica.

De 1981 a 1984 enseñó medicina pastoral en la INSTITUTO Juan Pablo II de la universidad lateranense de Roma. En 1967 fundó el Instituto de teología de

la familia en esa misma facultad y lo dirigió durante 33 años, formando matrimonios jóvenes y parejas comprometidas.

Trabajó mucho en el ámbito de la familia tanto en Polonia como a nivel internacional y escribió algunas obras y muchos artículos sobre la preparación al matrimonio y cómo vivir el matrimonio en plenitud. También trabajó mucho, organizando a médicos para ponerlos al servicio de la vida y de la familia. En 1994 fue nombrada miembro de la Academia Pontificia pro vida. También colaboró con el Consejo Pontificio para los agentes sanitarios. Y ella misma refiere: Un día en una reunión de médicos tuve una gran alegría. Se me acercó un señor vestido elegantemente y me dijo que tenía algo que decirme. Era ginecólogo y desde aquella reunión que tuvo conmigo un vez, nunca más volvió a matar a un niño por el aborto. Me besó la mano y añadió: *Tenía que decírselo*. Yo me alegré y me dio fuerzas para hablar de lo que aún hablé ese día a los profesores ¹⁵.

Sus actividades fueron premiadas en diferentes ocasiones. En 1964 fue galardonada con la condecoración de oro por los trabajos sociales en favor de la ciudad de Cracovia. En 1981 recibió la medalla *Pro ecclesia et Pontífice*. En 1999 recibió la medalla del Senado de Polonia y la medalla de santa Jadwiga de la Academia pontificia de Cracovia, y la Orden de Comendador de la Orden pontificia de San Gregorio. Igualmente en 1987 recibió el título *honoris causa* de Notre Dame pontifical catechetical Institute de Arlington, Virginia, en USA; y en 2008 el título *honoris causa* de la universidad católica de Lublin. Fue miembro de la Unión de Escritores médicos y de la Asociación de periodistas católicos.

MADUREZ ESPIRITUAL

Su madurez espiritual fue fruto de diferentes causas. Su vida maduró mucho a través del sufrimiento, empezando por los cuatro años y medio que pasó en el campo de concentración nazi de Ravensbrück. Pudo escribir:

Aunque no le desearía a nadie pasar por aquello por lo que pasé en Ravensbrück, en realidad sé que para mi alma y mi destino aquel periodo fue constructivo y se convirtió realmente en una fuente de experiencias a las que no renunciaría por nada. Pienso que paradójicamente casi podría darles las gracias por haberme llevado a aquel infierno, porque seguro que mi vida sería completamente diferente, si no hubiese tenido aquella oportunidad de poner a prueba todos los valores y de diferenciarlos de los pseudo-valores ¹⁶.

¹⁵ Diario, p. 644.

¹⁶ Ib. pp. 658-659.

Además maduró mucho a través de diferentes problemas personales de salud. Tuvo un cáncer del que curó milagrosamente por intervención del santo padre Pío de Pietrelcina. En 1967 tuvo otro cáncer y decidieron extirparlo de inmediato. Ella nos dice: *Me operaron y pudieron extirpar todo el tumor y no encontraron metástasis, de manera que seguiré viviendo* ¹⁷. Ese mismo año tuvo graves problemas de salud con las cervicales y le recomendaron ir a Honolulu en las islas Hawai, donde había un famoso neurocirujano. Pudo conseguir hacer el viaje y fue operada y todo salió bien. Y a lo largo de su vida no le faltaron dificultades en sus trabajos y estudios, pero con la gracia de Dios y su esfuerzo personal y la ayuda espiritual del padre Wojtila, todo pudo superarlo. Dios la hizo madurar a través de los sufrimientos y su vida fue durante muchos años fuente de luz, amor y esperanza para muchas personas, a quienes ayudó como médico y psiquiatra, dando clases o dando charlas y conferencias en diferentes ambientes. Sin embargo, no olvidemos que la mayor fuerza de su vida la recibía cada día, como ella misma dice, en la misa y comunión.

Para mí un día sin santa misa me parece un día vacío y desperdiciado, todavía no soy capaz de vivir sin esa fuerza que me aporta la Eucaristía ¹⁸.

EL HERMANO

Ella consideraba al Papa Juan Pablo II como su hermano espiritual y el Papa la consideró hermana desde que era un simple sacerdote. En sus cartas siempre ella lo llama hermano y él también firmaba con la palabra hermano abreviada (Hno, diríamos en español, aunque las cartas entre ambos eran normalmente en polaco). Cuando consagraron a Karol como obispo el 28 de septiembre de 1958 en la catedral de Waweh, nos dice Dusia: *A mi lado había una mujer sencilla con un pañuelo en la cabeza y le preguntó a Karol: ¿Ella es la hermanita?* Él respondió afirmativamente: *Sí, la hermanita.*

Juan Pablo II le escribió el 11 de agosto de 1978: *Pido todos los días por Andrzej (su esposo) y por tus hijas. El Señor Dios te confió a mí con tu profundo y al mismo tiempo complicado yo y con toda tu vida, con todo lo que la compone. Y a Dios rendiré cuentas por esto. En todo nunca dejo de confiar en Cristo y en su madre* ¹⁹.

¹⁷ Ib. p. 449.

¹⁸ Ib. p. 554.

¹⁹ Diario, p. 460.

El 5 de septiembre de 1978 le escribió: Querida Dusia, te tengo siempre presente en mis oraciones y te encomiendo a Cristo y a su madre, a ti, a los tuyos y a tus problemas con toda confianza. El hno ²⁰.

El 20 de octubre de 1978 a los 4 días de ser elegido Papa, le escribió: Desde hace más de 20 años, desde que Andrzej me dijo por primera vez: *Dusia estuvo en Ravensbrück*, en mi conciencia surgió la convicción de que me fuiste entregada y asignada por Dios para que yo en cierto sentido pudiera compensar lo que tú sufriste allí. Y pensé: *Sufrió por mí*. Dios me ahorró aquella prueba, porque tú estabas allí. Se podría decir que ese convencimiento era irracional, pero siempre ha estado en mí y lo sigue estando. Desde esta perspectiva se ha desarrollado progresivamente toda la conciencia de ser mi hermana. Y esta dimensión pertenece a la dimensión de toda la vida ²¹.

Era tanta la confianza y la amistad entre Dusia, su esposo y Juan Pablo II antes de ser Papa que, cuando este fue a Roma al cónclave, después de la muerte del Papa Juan Pablo I, le pregunté: *¿Qué nombre adoptarás como Papa?* Andrzej, mi marido, respondió tranquilamente: *¿Cómo que qué nombre? Juan Pablo II, como es lógico*. Él no contestó. Se fue de Cracovia el 2 de octubre de 1978 y aún en Varsovia nos mandó una postal.

Esta hermandad entre Dusia (Wanda) y Juan Pablo II se reforzaba a través de la misa que él celebraba todos los días, incluyendo en ella a Dusia y su familia y ella por su parte, orando por él en la misa a la que asistía todos los días.

Veamos algunas de las frases que él le decía en sus cartas: *Quiero caminar contigo día a día... una gran persona... Tu vida es preciosa... Rezo por ti y por todos vosotros a diario, cada día por la mañana y por la tarde. Pongo ante Dios esta experiencia con toda su verdad interior, como siempre lo he hecho. Ahora también lo hago ²²... Sabes que no pasa un solo día sin que rece por vosotros, por Ania, Marysia, Basia, Kasia y por Andrzej y por esos dos bebés que pronto llegarán al mundo ²³. Recuerda que el amor no quiere el mal, no quiere el sufrimiento, el sufrimiento es un efecto del pecado y el amor extrae del sufrimiento el bien y la salvación. Ese es el misterio de Cristo ²⁴.*

²⁰ Ib. p. 469.

²¹ Diario, p. 473.

²² Ib. p. 498.

²³ Ib. p. 50.

²⁴ Diario, p. 631.

SUFRIMIENTOS DEL PAPA

En su vida tuvo serios problemas de salud. Además de los sufrimientos sufridos por el atentado y su posterior operación, hubo de ser operado de un tumor grande en el intestino grueso. El 11 de noviembre de 1993 tuvo una caída con luxación del hombro derecho. El 28 de abril de 1994 se rompió el cuello del fémur y le implantaron una prótesis en la articulación de la cadera. El 6 de octubre de 1996 tuvo que someterse a una operación de apendicitis. El año 2002 y 2003 tuvo dolores recurrentes y agudos en la pierna derecha debido a una grave osteoartritis de la rodilla derecha. Y no olvidemos que desde principios del año 1990 empezó con los problemas del párkinson.

Todos sus dolores los ofrecía por la Iglesia y la salvación del mundo. El cardenal Ratzinger, después Benedicto XVI, dijo del Papa: *Para Juan Pablo II el sufrimiento le era familiar. Lo he visto sufrir, pero nunca triste.*

Una religiosa de la Congregación de María Niña nos dice sobre su estancia en el hospital después del atentado: *No trajo gran cosa, aparte de los legajos, muchos legajos. ¿Ropa? Ni siquiera esto. Llevaba la del hospital, la camisa blanca sin cuello con su cordoncillo, y la bata azul, como los otros enfermos. Así paseaba por su pasillo. O por el nuestro, para ir a la capilla. Tenemos una capillita en la parte del décimo piso que nos está reservada. Cuando quería trabajar, se transportaba al salón la mesa de su habitación, que también servía para decir la misa al pie de su cama. ¡Era tan poco exigente! Nunca pedía nada. Un día que no quería levantarse de la cama, le dije incluso: “Santísimo Padre, tenéis que levantaros para recobrar fuerzas”, y él se rió: “Vaya, la hermana ha perdido su timidez”. Sabía tranquilizar a la gente con una palabra, con una sonrisa.*

Su cama no era muy grande. Sí, la encontraba un poco corta, pero se conformó. Se conformaba con todo. Un enfermo fácil, ¡fácil! ¡Y tan sencillo! Nadie habría dicho que era el Papa, si no hubiese habido tantas personas a su alrededor. Sí, fue el primero en ser acogido en esta parte del edificio, destinado antes a salas de reposo para los médicos de guardia. Nos dejó una imagen de la Virgen María rodeada de enfermos, y él que llega por el fondo. Y una gran imagen de Czestochowa. Con frecuencia franqueaba la clausura para rezar en nuestra capilla. Siempre hacía lo mismo: se arrodillaba primero en el suelo y después en cualquier banco, con la cabeza entre las manos. Mañana y tarde. Un domingo, abrió la puerta cuando otros enfermos estaban allí. ¡Qué emoción! No hablaba mucho, como todos los extranjeros. Le gustaba bromear de vez en cuando. Un día salió de su habitación y, al no ver a nadie en el pasillo, oímos que decía: “Bueno, se han marchado, todos me han abandonado”.

Todos estábamos allí, en las diferentes piezas, ocupados en distintos menesteres, por no hablar de los guardias apostados en el rellano, en la entrada de servicio, en el piso de arriba y en el de abajo. Los cristales son blindados y, ya lo ve, pueden disimularse con un panel opaco. Pero él iba a la ventana para bendecir a los enfermos del pabellón de enfrente. Y a los de su propio pabellón, que no podían verle, les hizo venir el último día; sí, sí, en su cama o en su silla de ruedas, cuando fue necesario. Las otras personas heridas en el atentado no estaban en el Gemelli. La joven norteamericana herida en el brazo vino aquí a verle. A la otra la recibió en el Vaticano. Rezaba mucho. Una vez me dijo: “El mundo entero tiene derecho a esperar mucho del Papa. El Papa nunca rezará lo suficiente. No me lo imaginaba diferente, tal vez, porque lo había visto aquí cuando había venido a visitar a su amigo monseñor Deskur, antes de entrar en el cónclave. Y ya entonces me había parecido sencillo y asequible.

EL PODER DE LA CRUZ

Nos dice Dusa: Muchas veces he soportado dolores; en efecto, he tenido bastantes en mi vida, pero soportaba sin entender.

El pensamiento sobre la cruz conduce al pensamiento sobre los pecados del mundo, porque, en efecto, a causa del pecado Cristo aceptó la cruz, por el pecado de la humanidad, con el fin de salvarla. Y el poder de la cruz, el poder de este sacrificio desplaza mis pensamientos al sacerdocio, pienso en este gran don de los elegidos a los que Dios les da poder sobre el pecado, el poder de perdonar.

Los pecados del mundo desaparecen a través del poder del sacramento de la confesión. Reflexiono sobre esa gracia que no sólo perdona los pecados, sino que también permite comprender cosas inconcebibles.

Siempre he sentido gratitud hacia Dios por el don de la confesión, por el sacerdocio, por esas señales dadas a las personas en un susurro de confianza, pero nunca había tenido una conciencia tan fuerte de la fuente del poder del sacerdocio y, sin embargo, ¿este es precisamente el fruto de la pasión de Dios!

El sentido de la cruz me ha sido revelado desde el otro lado, el de la bendición para el ser humano, y lo que queda es gratitud por los esfuerzos de esa actividad pastoral²⁵.

²⁵ Diario, pp. 538-539.

Cuatro años estuve en el campo de concentración sin confesión... No sé cómo fue para otras prisioneras; para mí, aquella privación de la participación en los sacramentos fue otra prueba más de la deshumanización del sistema nazi, porque, en toda la historia de la humanidad, antes de una ejecución, siempre se ha ofrecido a los condenados a muerte la posibilidad de encontrarse con Dios y, antes de que llegase el verdugo, un sacerdote visitaba al condenado. Los alemanes, los nazis, negaron incluso eso a las personas, aunque en los cinturones de los soldados llevaran la inscripción "Dios con nosotros". Y, pese a que se supone que se trataba de una nación de creyentes, todas mis compañeras fusiladas o enviadas a la cámara de gas en el campo de concentración, murieron sin confesión.

Siempre había intuido la importancia de aquel sacramento, porque en el sacerdote veía al representante de la gracia sobrenatural ²⁶.

EL CÁNCER

31 de octubre de 1962

La doctora no me ha dicho directamente mi diagnóstico. Sabía que no tendría el valor. Lo describió: a unos 13 cm hay una infiltración dura y circular con ulceración, ¡la fuente del dolor!

¿Qué puedo decir? Mis suposiciones han resultado ser ciertas. Lo que me sorprende no es el diagnóstico, sino mi propia calma. También me dijo que, a pesar de todo, puede ser una infiltración inflamatoria, y no necesariamente cancerígena. Pero yo sé que la infiltración no es inflamatoria. No tengo fiebre y el dolor no es constante. Es cáncer.

Estoy tranquila, o quizá, ¿puede ser que el dolor de los exámenes médicos haya debilitado mi reacción? Del médico me fui al parque Planty y paseé durante una hora. Las últimas hojas doradas... De repente, todo tenía otro significado y, al mismo tiempo, todo perdía sentido. ¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Qué es lo más importante? ¿Cómo sobrellevar esos dos, como mucho tres años? Establecí un plan de trabajo, todavía sorprendida por mi tranquilidad.

Era consciente de que mis niñas pequeñas solo tenían cuatro años. Y de pronto decidí cogerme una excedencia no remunerada y pasar el resto de mi vida con mis hijas para que recordasen algo de su madre, antes de que una

²⁶ Ib. pp. 46-47.

*prolongada agonía cancerígena me separara de ellas. Menudo cambio acababa de pegar mi mundo. De los pies a la cabeza. Todo al revés. No lloro, pero me invade una cierta apatía. Quizá se trata de eso de que puedo no hacer nada, porque ¿para qué? No tengo ganas de nada... He cumplido 41 años, pero pocos para morir*²⁷.

Pensé de nuevo en la muerte: tan cerca, continuamente ante nuestra puerta, siempre posible... Incluso sentí la tentación de morir en aquel accidente. De evitar el dolor y la enfermedad. Pero hay que dejar de pensar en eso, dejar que descienda hasta el fondo, al silencio, allí donde sólo tú estás, ¡Dios! No, no espero la muerte, sino que asumo la vida y me reconcilio con ella, ¡que sea lo que tenga que ser! Siento que me embarga una ola de confianza ajena a mí y me voy serenando.

Por la tarde, Andrzej me miró y de repente empezó a llorar: “¿Qué te ocurre, por qué estás tan demacrada? Dímelo, no me lo ocultes”. Empecé a reír. Se tranquilizó. De hecho, sé que esperaba que le tranquilizase, no que le dijese la verdad.

¡Oh Dios, Dios mío! ¿Acaso sé lo que significa morir? Tengo delante de mí toda mi vida y las últimas semanas. ¿Estoy preparada para morir, si es que existe una preparación? ¡El encuentro con Dios: el ser humano no puede imaginárselo! Quiero vivir los días que me quedan lo mejor que pueda. ¿Cómo?

El llanto de Andrzej me reveló algo: si existe una mínima posibilidad de alargar la vida, una posibilidad —la que sea— de operarme, tengo que aceptarla. No importa que durante cierto tiempo tenga que estar enferma. Para él, lo mejor es que viva el mayor tiempo posible.

Lo comprendí y enseguida tomé la decisión de aceptar una operación, aunque sabía cómo sería.

De nuevo, mi cuerpo vuelve a tomar sentido. Sé lo que significa, lo sé demasiado bien, ¡pues soy médico! ¡Cómo me gustaría no saber nada al respecto! Pero todo lo que ocurre con mi cuerpo, lo que es mi historia, adquiere un nuevo sentido: “¡El encaje de bolillos de la Divina Providencia!”. ¡El cuerpo destrozado con la intervención quirúrgica, enfermo, abominable, con ese olor a heces!

²⁷ Ib. 76.

Jesús, lo veo tan claramente que me duele sólo de pensarlo. De nuevo me invade el miedo. Tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo... No de la muerte, sino de la enfermedad. ¡Dios se acerca a mí de una forma que no puedo soportar!

¡Señor, no estoy a la altura de esta cruz, de semejante cruz!

¡No quiero, no quiero, no puedo aceptarla!

Veo tan claramente mi miseria.

¡Y Dios me ve en este estado!

Por la noche. No puedo dormir, me da pena desperdiciar el tiempo durmiendo, tengo miedo, pero al mismo tiempo, a través del miedo, también crece en mí la calma. ¿Cómo es posible? ¡En esa maraña de miedo e inquietud hay calma! “¡Mi paz os doy!”.

Me voy concentrando y empiezo a sentir una confianza imprudente que se enfrenta a la evidencia, a todo. Algo en mí tiene miedo y, al mismo tiempo, confía ¡algo se convierte en calma profunda y algo en mí se muere de ansiedad! Me siento desgarrada: algo en mí sospecha lo peor y algo en mí confía, espera algo... ¿Qué? ¿Un milagro?

Esta noche no pude dormir en toda la noche por el dolor, ahora sigo tumbada, no tengo fuerzas para levantarme. El tercer piso me aterroriza. Está tan alto que cada paso duele. Hay algo muy difícil en la experiencia del dolor físico, difícil de soportar y aún más difícil de entender. Y, sin embargo, sé que esto tiene que tener un sentido. El dolor no puede destruir al ser humano, no puede consumirlo, de hecho viene de Dios, como todo. No, no es así, no sé, pero ¿cómo puede ser bueno un dolor tan inhumano? No puedo, Oh Dios mío.

Tengo miedo de mí misma. El dolor es simple. Busco con desesperación su sentido: la cruz, la relación con su pasión. ¡Dios mío, déjame comprender la cruz! Estoy débil, cada día estoy más débil, la cabeza me da vueltas, y acabo rápidamente todo lo empezado ²⁸.

El padre Wojtila le escribió el 10 de noviembre: *Rezo por ti. Empecé ayer enseguida, dentro de mis capacidades, pero pido y pediré a otros. Esta mañana he celebrado la santa misa con esa importante intención (de tu salud). Y de la misma manera tú también reza, no solo para estar totalmente disponible ante lo que Dios quiera, sino también por tu salud* ²⁹.

²⁸ Diario, pp. 82-84.

²⁹ Ib. p. 85.

14 DE NOVIEMBRE DE 1962

¿Una operación? Y después, la discapacidad de la enfermedad. Doy vueltas a la decisión, tuve que decírselo a Andrzej. Lloró mucho pero me dijo: “Esto ocurre para que nos unamos más”.

¡El dolor ahora es constante, sin descanso! No me abandona. Rezo en la medida en que soy capaz. Pongo mi suerte en manos de Dios, ¡mi vida y todo lo que hay en mi interior!

Tomé una decisión: el médico es amigo mío y aceptó operarme, me besó dos veces la mano y renegó: “Vaya asco de mundo”. Está emocionado, lo sé, y yo me siento dura como una piedra. Por fin me he decidido. Discutí con él algunos aspectos teóricos, como si no se tratase de mí, sino de uno de mis pacientes. Me miré en el espejo y vi que había adelgazado mucho durante las tres últimas semanas.

Me prometieron una anestesia especial y ¡yo sonreí! El médico quiere operarme lo antes posible, el lunes. ¡Tengo tres días!

¡Jesucristo, tengo tanto miedo! Detrás de una máscara de sonrisa tranquila me aterroriza la operación, la desfiguración, el dolor, la muerte, ¡todo! Y nadie ve mi miedo, veo en el espejo mi cara sonriente. Andrzej está a mi lado. De repente, siento un gran aprecio por mi cuerpo y mi vida. De pronto, me da pena perder la vida.

Dios, no te pido nada especial, sólo que me tomes en tus santas manos y... ¡ten piedad de mí!

VIERNES, 16 DE NOVIEMBRE

El terror me invade a pesar de mi voluntad. Cada vez me resulta más difícil ocultarlo. Una prueba de confianza, no se puede escapar del destino y en cierto modo lo acepto.

Nunca rezar el Padrenuestro me había costado tanto. ¡Nunca ese “que se haga tu voluntad” había sido tan difícil.

SÁBADO, 17 DE NOVIEMBRE

Después de los exámenes médicos. El ser humano al que manipulan como si fuera una cosa, es mi cuerpo, mi cuerpo descubierto, el que tratan de forma tan brutal. Oh Dios mío, ¿sabe esta gente lo que está haciendo? El colmo de la humillación. Sólo me confortaba la idea de que mi cuerpo está en manos de Dios, bajo la mirada atenta de Dios. Desnudez absoluta. Manos extrañas y brutales, ojos extraños.

Me dijeron que había una posibilidad entre cien de que no fuese cáncer. ¿Para qué lo dicen? ¡Es mejor que se callen!

LUNES, 19 DE NOVIEMBRE

Dentro de un rato, iré al hospital, donde me operarán. Este cuaderno se queda aquí. Una marca, ¿tal vez esta sea la última página?

¡Esta noche los dolores han sido tan fuertes que he dejado de tener dudas, prefiero cualquier cosa a estos dolores! ¡El único problema es que la operación no significa que se acaben los dolores! El dolor insoportable prepara al ser humano para la muerte, hace que se convierta en un ardiente anhelo, ¡como una liberación! En efecto, el dolor arrebató a la vida sus atractivos, el dolor facilita la muerte.

MARTES, 20 DE NOVIEMBRE

Oncología. Ese departamento es tan horrible, me abandona por completo el valor, no tengo ánimos.

La soledad. Me aventuro dentro de mi soledad; el sol calienta como en verano, pero dentro de mí hace frío, ¡qué escalofríos!

Yo no me atrevo ni a rezar. Aquí, todas esas mujeres interinas de cáncer rezan fervientemente por una curación milagrosa. ¡Menudo cortejo fúnebre de mujeres que se están muriendo y que intentan rezar por un milagro que puede ser que no se produzca!

¡Ni siquiera el propio Dios puede curar a todos los enfermos! La muerte ya está aquí. Aquí soy la más joven, el cáncer es una enfermedad de gente mayor.

Estas mujeres mayores son horribles, ellas mismas no saben lo crueles que son. Durante la visita médica, cuando el médico me preguntó por mi fecha de nacimiento, una de ellas dijo: “Yo, al menos, he vivido 70 años”. Me miran con insistencia y mi edad les consuela. ¡Les alegra que mi operación sea más complicada que las suyas! Se deleitan con esa idea, se alegran de no encontrarse en la peor situación, porque hoy la mía es la peor. Lo sé, me lo dicen las miradas de todo el personal. Pero ya no lloro, anoche lloré, ahora soy dura como una piedra, incluso me vuelvo cínica.

Pero están los exámenes médicos. Medicina deshumanizada. En efecto, hay gente sin corazón y sin tacto —supuestos buenos médicos— que podrían ahorrarse (y ahorrarme a mí), ciertos gestos crueles. Y ninguno de ellos pronuncia una sola palabra cordial o cálida. Lo mismo ocurre con las enfermeras, imitan el tono áspero, ¡jestridente! Me tratan como a un objeto, mi cuerpo, ¡me resulta tan extraño!

Me mueven, desnudan despiadadamente, me tocan brutalmente, innecesariamente, sin rastro de delicadeza. Mi pobre cuerpo maltratado sufre. Mi alma sufre por la humillación de mi cuerpo.

Efusiones, rectoscopia, brutalmente realizadas. Me duele de manera inhumana, pero todo el mundo es indiferente al dolor, es obvio que tiene que doler, pero no es ni importante ni interesante que duela. Les da igual. ¡Esto sólo me duele a mí! El dolor es algo normal, banal, en este departamento, ¿qué importancia tiene que sea el mío? Desnudez humillante.

Es imposible comprenderlo hasta que no se sufre, hay que experimentarlo para comprenderlo plenamente: es el colmo de la humillación.

¡Entonces no era de noche! ¡Ahora es de noche! Es de noche en el hospital. Ahora sé lo que es la soledad, lo que es la profundidad, ¡pero ahora también sé lo que es la cercanía!

Abatida, quebrantada... Mañana ya me tocan los últimos exámenes y pasado mañana, ¡la intervención!

JUEVES, 22 DE NOVIEMBRE

Estoy tan abatida, no consigo encontrarme a mí misma. Me da miedo decir lo que ocurrió, me da miedo llamar a las cosas por su nombre. En primer lugar, retomo el día de ayer: es lo más sencillo.

El día fue horrible: un grupo de personas extrañas y sin sentimientos, los últimos preparativos para la intervención, de nuevo me tratan como si no fuese un ser humano.

Los exámenes definitivos, la última rectoscopia revelaba algo totalmente distinto. Primero me sorprendió que no doliese. Al principio pensé que me habían dado algún analgésico, pero el endoscopio reveló una superficie lisa, la ulceración, que ayer estaba allí, había desaparecido, ya no estaba, había dejado una mucosa ligeramente enrojecida, normal, después de una cicatrización reciente. No tengo cáncer. No habrá ninguna operación, la estenosis ha ido cediendo, los dolores desapareciendo, ya no me duele nada.

Todavía estoy en el hospital, porque la doctora no se lo puede creer. Quieren repetir los exámenes médicos. ¿He soñado?

No me atrevo a decir que esto sea un milagro, aparte esa idea: me aterra. Observo mi cuerpo esquelético con una nueva incertidumbre. El cuerpo es el campo de acción del alma, del Espíritu Santo. No, Dios, mis pensamientos al respecto no pueden ser tan vulgares. Una curación milagrosa: ahora he contraído una deuda impagable. No puedo aceptarlo. Aparto ese pensamiento. ¡Yo no recé por mi salud, yo no pedí esta curación!

Andrzej ha revivido. En vez de sucumbir al cáncer, mi cuerpo se ha curado sin que la enfermedad haya dejado rastro. A una velocidad humanamente imposible. Ahora vuelve a invadir el temor, el enorme temor ante la omnipotencia de Dios y las consecuencias del amor de Dios. ¿Qué pasará ahora conmigo? Tiemblo con el mayor estremecimiento de mi alma. ¿De dónde me viene esto, Señor? Mi cuerpo se convierte de repente en algo muy querido, que pertenece directamente a Dios³⁰.

³⁰ Diario, pp. 75-91.

*Estoy curada, pero no consigo dormir... Andrzej (su esposo) no entiende nada. Me dice: Alégrate. Pero no soy lo suficientemente madura para aceptar el milagro. No estaba preparada, el milagro me sorprendió. En vez de alegrarme, tengo miedo, miedo del amor divino, quiero ser yo misma, quiero vivir un poco a mi manera. ¿Cómo puedo vivir normalmente, como si no hubiese pasado nada? No soy capaz de entregarlo todo*³¹.

CURACIÓN MILAGROSA

Los médicos no podían comprender lo que había pasado a Wanda de un día para otro y ella tampoco. ¿Qué había sucedido?

Juan Pablo II (1978-2005) conocía personalmente al padre Pío desde que se confesó con él siendo simple sacerdote en 1947 y tenía al padre Pío en concepto de santidad. Siendo obispo de Cracovia y asistiendo en Roma al concilio Vaticano II, le escribió una carta el 17 de noviembre de 1962 para pedir su oración por la salud de Wanda, en la que le decía literalmente en latín: *Venerable padre, le ruego una oración por una madre de cuatro hijas, de 40 años, de Cracovia, Polonia, que durante la última guerra estuvo en un campo de concentración en Alemania y ahora está en peligro gravísimo de su salud y de su vida, debido a un cáncer, para que Dios, por intercesión de la Virgen María, le muestre su misericordia a ella y a su familia*³².

Cuando el administrador de la *Casa Sollievo* le leyó esta carta al padre Pío, él le dijo: *Angelo, a esto no se le puede decir que no. Guarda esta carta, porque algún día podrá resultar importante.*

El padre Pío sabía que el obispo Wojtila llegaría a ser Papa y según algunos autores hasta se lo habría dicho al confesarlo en 1947, Wanda se curó y a los pocos días, el 28 de noviembre de ese año 1962, el futuro Papa Juan Pablo II le volvió a escribir otra carta en la que le decía textualmente: *Venerable padre, la señora médico de Cracovia, Polonia, madre de cuatro hijas, recuperó instantáneamente la salud el 21 de noviembre antes de la operación quirúrgica. Deo gratias. A usted también, padre, doy devotamente las más rendidas gracias en su nombre, de su marido y de toda su familia.*

³¹ Ib. 93.

³² Positio II, p. 1644.

AMOR AL PADRE PÍO

El 12 de mayo de 1967 fue con un grupo a visitar al Padre Pío al convento de San Giovanni Rotondo en Italia. Nos dice: A las tres y media de la mañana hicimos cola cerca de la iglesia. A las cinco abrieron las puertas y en tumulto entró la gente. Me arrancaron algunos botones. Pero conseguimos un sitio excelente en la iglesia cerca del altar. El padre Pío está igual que en las fotografías, pero ya está mayor y cansado. Nos colocamos cerca de la puerta por la que iba aparecer el padre Pío. Por fin a las 7.30 a.m. salió y me miró directamente. Me arrodillé y le miré y me olvidé de todo, solo sonrió. Vino directamente hacia mí, puso una mano sobre otra en mi cabeza y me dijo ¿Va bene? (¿Está todo bien?) La mujer a nuestro lado se echó a llorar y dijo que había ido allí muchas veces y que a nadie le había tocado nunca la cabeza, que habíamos tenido suerte. Sé que aquello fue por mí. Fue por mí, me reconoció. Y ahora por fin siento sosiego ³³.

Ahora estoy tranquila, siento la mano del padre Pío sobre mi cabeza. Tengo la fuerte impresión de que me ayudó a encontrar la paz más profunda ³⁴.

Sé que el padre Pío cuida de mí y organiza para mí todas esas cosas ordinarias, incluso diría que materiales. Nadie me creería si dijera que sé que este hombre santo me ayuda después de su muerte. Hace que todos mis viajes sean más fáciles. En la práctica se encarga de todo en mis viajes. En realidad yo viajo de manera absolutamente milagrosa. No se trata de historietas, son acciones evidentes de una mano benévola que me facilita las cosas y organiza todo, una cosa tras otra, a veces hasta en el más mínimo detalle. En general la forma en que yo vivo esta vida mía diferente de las demás es una cadena de milagros, de hechos ordinarios extraordinarios. No le cuento esto a nadie, porque ¿cómo podría contarlo? Un día, después de haber vagado durante horas por el bosque sin reloj, sin haberme puesto de acuerdo irme del bosque, fui a la carretera en el momento justo en el que apareció ese coche de un sacerdote que precisamente se dirigía a Cracovia. ¿Casualidad? Bueno, sí, sí, es una casualidad, pero yo sé de dónde vienen exactamente esas causalidades ³⁵.

³³ Diario, p. 350.

³⁴ Ib. p. 354.

³⁵ Ib. p. 720.

El padre Macharski me entregó una bonita fotografía del padre Pío. Dice que el padre Pío te dijo (a Juan Pablo II) que serías Papa. En general la gente dice muchas cosas, pero creo que el padre Pío era un ser humano santo y nunca olvidaré lo que me dijo y cómo me lo dijo. Y ahora busco en él ayuda porque no tengo a nadie. El padre Pío me miró afectuosamente y me dijo: *Va bene, va bene*; y hay algo en su mirada que me permite rezarle y pedirle ayuda. Sola no sé qué tipo de ayuda pedir, pero se lo digo ³⁶.

Le rezo a mi ancianito, el padre Pío, y le pido ayuda de una forma normal, ingenua y casi primitiva. Así me resulta más fácil. Él me conocía y yo a él, tengo un contacto personal con él ³⁷.

EXCURSIONES

Nos dice Wanda (Dusia): Cómo gozaba Karol en las excursiones campestres por los campos, bosques y montañas de su tierra. A veces iba de campamento con grupos de jóvenes, otras veces iba solo o acompañado de algún sacerdote amigo, pero muchas más veces lo hacía con Dusia y su esposo. Ella escribe: *Un día voló hacia mí un pajarillo, se posó al lado en el tronco de un árbol, no tenía miedo y piaba mientras otro le respondía desde otro árbol. Parecía una conversación. Sonríó al pajarillo y él inclinó la cabeza y me miró con ojos negros. ¡Hay tantos sonidos en el bosque y silencio, al mismo tiempo! Porque el silencio del bosque está lleno de sonidos característicos* ³⁸.

Karol y Dusia con su esposo Andrzej habían ido muchas veces juntos de excursión por las montañas y bosques cercanos a Lublin. Un día Dusia fue al lugar en que solían acampar y nos dice: En este lugar (la cima del monte Santa Ana) solía estar el altar, aquí, en este bosque en este mismo lugar, se producía el milagro del descenso de Dios a la tierra (en la misa). Un rincón que se ha vuelto sagrado para siempre. Y así será por los siglos de los siglos. Esta imagen: la pared alta de alerces, troncos rectos sin hojas, solo arriba se pueden ver hojas recortadas en el cielo, un encaje de hojas, abajo arbustos de muchos colores y una tierra completamente dorada en la que resplandecen los reflejos del sol. Guardo esta imagen en mi corazón, en el alma, porque este lugar es sagrado, porque aquí en este mismo lugar, el Esposo (Cristo) estuvo con nosotros ³⁹.

Un día estaba sola, desde la cabaña del guarda forestal avancé por un camino ancho y nuevo, que estaba segura de que me llevaría al sendero. Sin

³⁶ Ib. p. 490.

³⁷ Ib. p. 554.

³⁸ Diario, p. 636.

³⁹ Ib. p. 528.

embargo, de repente se interrumpió en medio de la ladera empinada del acantilado, así que fui campo a través por el bosque. Estaba resbaladizo, casi me mato, porque de repente resbalé por la pendiente empinada e instintivamente me agarré al árbol más cercano que se precipitó junto conmigo. No sé exactamente por qué no me caí hasta el fondo, pero algo me paró en medio de la pendiente, a un metro o dos de una enorme roca sobre un arroyo lateral, que formaba una cascada. Nunca antes había visto ese arroyo tan impetuoso y caudaloso que discurría con enormes crestas de espuma. Todo ello increíblemente peligroso y de verdad parecía que las almas de los ángeles se hubiesen extendido para protegerme en el último momento. Si me hubiese caído desde ese acantilado hasta el fondo, nadie me hubiera encontrado. Me habría arrastrado ese río caudaloso ⁴⁰.

Otro día, atravesando el río Wislok, muy caudaloso en aquel momento, me caí y el agua me arrastró río abajo, una fuerte corriente me arrastraba y me empujaba de tal manera contra las piedras afiladas, que realmente tuve miedo de no salir de morir en aquella corriente. No pasó nada.

Lo cierto es que tanto Dusia como su esposo y Karol disfrutaban de la naturaleza donde ante los hermosos paisajes y los maravillosos atardeceres del verano sentían la presencia de Dios y recibían fuerzas físicas y espirituales para seguir adelante en las luchas y dificultades de cada día. Por eso Karol, al ser Papa, quiso repetir esas experiencias.

EL PAPA DE EXCURSIÓN

El Papa Juan Pablo II había sido un gran aficionado a subir montes, esquiar, hacer deporte.

Algo que le costó un poco al principio de ser Papa fue no poder ir de paseo por las montañas. Pero decidió intentarlo. *Fueron más de un centenar de “expediciones”, casi todas por el Abruzzo. Y, al principio, nadie sabía nada, ni en el Vaticano ni en la prensa.*

La primera vez fue casi una “fuga”. Hacía tiempo que deseábamos que el Santo Padre pudiese volver no sólo a esquiar, sino a zambullirse en la vida cotidiana de la gente, así que nos decidimos a intentarlo. No recuerdo de quién partió la idea, pero probablemente fue una iniciativa colectiva, surgida durante el almuerzo. En cualquier caso, la localidad elegida, Ovindoli, fue la sugerida por Tadeusz Rakoczy (actualmente obispo de Bielsko-Zywiec, en Polonia), que

⁴⁰ Ib. p. 628.

conocía bien la zona, porque iba allí a esquiar. Por seguridad, dos o tres días antes, Josef Kowalczyk (actual nuncio apostólico en Polonia) y él fueron a “observar el terreno” para evitar imprevistos.

Si no recuerdo mal, fue el 2 de enero de 1981. Salimos hacia las nueve, en el coche de Don Josef, para no llamar la atención a la salida del palacio de Castelgandolfo, donde estaba situada la Guardia Suiza. Don Josef conducía; en el asiento del copiloto estaba Don Tadeusz, que fingía leer el periódico, que llevaba abierto completamente, para “ocultar” al Santo Padre, sentado justo detrás de él, a mi lado.

Don Josef conducía con mucho cuidado, respetando los límites de velocidad, aminorando ante los pasos de cebra. ¡No queríamos ni pensar en lo que podría ocurrir en caso de accidente o si se rompía el coche!

Cruzamos varios pueblos; el Papa, a través del cristal de la ventanilla, pudo disfrutar observando escenas de la vida cotidiana. Cuando llegamos, nos detuvimos en las afueras de Ovindoli, cerca de una de las pistas, pero en un lugar donde no había prácticamente nadie. Y allí comenzó aquella jornada maravillosa, inolvidable. Las montañas alrededor. Toda la naturaleza cubierta de blanco. Aquel gran silencio que te permitía concentrarte, rezar. El Santo Padre logró hasta esquiar. Estaba feliz con el “regalo” que le habíamos hecho. Ya de regreso, nos dijo, sonriendo: “¡Al final lo hemos conseguido!”. Y en los días siguientes continuó dándonos las gracias y recordando los mejores momentos vividos durante la “expedición”.

Para las siguientes excursiones volvimos a elegir lugares solitarios. Pero en algunas estaciones de esquí era imposible evitar a la gente. Y, además, ¿qué más daba? El Santo Padre se portaba como cualquier otro esquiador. Iba vestido como todos: mono, gorro y gafas oscuras. Hacía la cola como todo el mundo —aunque, como precaución, uno de nosotros estuviera delante de él y otro detrás— y enseñaba el “forfait” para usar los remontes.

Parecerá increíble, pero nadie lo reconocía. También porque... ¿Quién iba a imaginarse a un Papa esquiando? Uno de los primeros que lo descubrió fue un niño de apenas diez años.

Ya era por la tarde. Don Josef y yo nos habíamos adelantado. Don Josef, finalizado el descenso, se había detenido al pie de la bajada para aguardar al Santo Padre. Justo en esos instantes, más abajo, acababa de pasar un grupo de esquiadores de fondo. Al poco, apareció aquel niño, jadeante, angustiado; era evidente que se había quedado rezagado. “¿Los ha visto?”, preguntó. Y mientras Don Tadeusz le indicaba por donde se había ido su grupo, se volvió a mirar al

Santo Padre, que acababa de llegar en ese preciso instante. Se quedó boquiabierto, con los ojos como platos, y empezó a gritar: “¡El Papa! ¡El Papa!”. Y Don Tadeusz: “¿Pero qué dices, bobo? Anda, date prisa en alcanzar a tus compañeros, mira que te vas a perder...”. El niño desapareció siguiendo a su grupo; y nosotros, apenas estuvimos todos abajo, nos apresuramos a subir al coche y regresar a Roma...

Más tarde, cuando todo el mundo supo que el Papa esquiaba y que podía encontrárselo en cualquier pista, pensamos que era mejor dejarnos acompañar “oficialmente” por los servicios de vigilancia (así, en vez del coche, empezamos a movernos en un pequeño autocar, también porque se nos había incorporado Angelo Gugel) y por un vehículo del Ispettorato de Publica Sicurezza (Seguridad pública) junto al Vaticano (para no tener a las autoridades italianas con el alma en vilo). Seguíamos acudiendo, de todas formas, a lugares poco concurridos. A veces nos quedábamos en la montaña hasta entrada la noche. Encendíamos el fuego, preparábamos algo de cena, charlábamos y terminábamos cantando todos⁴¹.

Por otra parte, en Castelgandolfo se hizo construir una piscina, regalada por los polacos estadounidenses. Era un Papa deportista y progresista en el mejor sentido de la palabra, pero sobre todo un hombre de oración, muy humano y sencillo: en una palabra, un santo.

⁴¹ *Don y misterio*, pp. 82-85.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído el presente libro podemos alabar a Dios por sus caminos, muchas veces incomprensibles para nosotros. En la vida de Wanda Poltawska vemos cómo el haber estado en un campo de concentración nazi le hizo ser muy sensible para ayudar como médico y psiquiatra a tantas personas necesitadas de ayuda psicológica y espiritual, ya que ella, a la vez de médico psiquiatra, tenía una fe profunda y viva que había sido fortalecida por la curación milagrosa de un cáncer por intermedio del famoso padre Pío.

Su amistad con Karol Wojtila enriqueció mucho su vida. Estaba casada y con cuatro hijas, pero su fe fue creciendo y ella fue una luchadora incansable y una trabajadora sin tregua en el campo de la psiquiatría para ayudar a novios, matrimonios e, incluso, para ayudar a muchos sacerdotes. Por eso fue reconocida con distintas medallas del Estado y de la Iglesia católica.

Nosotros nos sentimos orgullosos de su vida y de los caminos por los que Dios le hizo transitar para llegar a ser lo que fue. Fueron caminos de dolor en el campo de concentración, en los momentos en que pensó que iba a morir de cáncer y en otros momentos en que era incomprensida por muchos de sus colegas. Sin embargo, supo sobrellevarlo todo con la ayuda de su esposo, Andrzej Poltawski, catedrático de filosofía, y de sus cuatro hijas y, muy en especial, también con la ayuda de su consejero espiritual, el futuro Juan Pablo II, con quien mantuvo después de salir del campo nazi una gran amistad, considerándose ambos como hermanos.

Por nuestra parte, alabamos a Dios por su vida y por todo el bien que hizo a lo largo de 102 años (ella murió el 25 de octubre de 2023, ocho días antes de cumplir 102 años) y esperamos que un día nos encontremos con ella y el Papa Juan Pablo II en el reino de los cielos para gozar juntos de la felicidad que Dios nos tiene reservada para cada uno en los cielos.

¡Que Dios sea bendito! ¡Que Dios te bendiga!

Tu hermano y amigo para siempre.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

